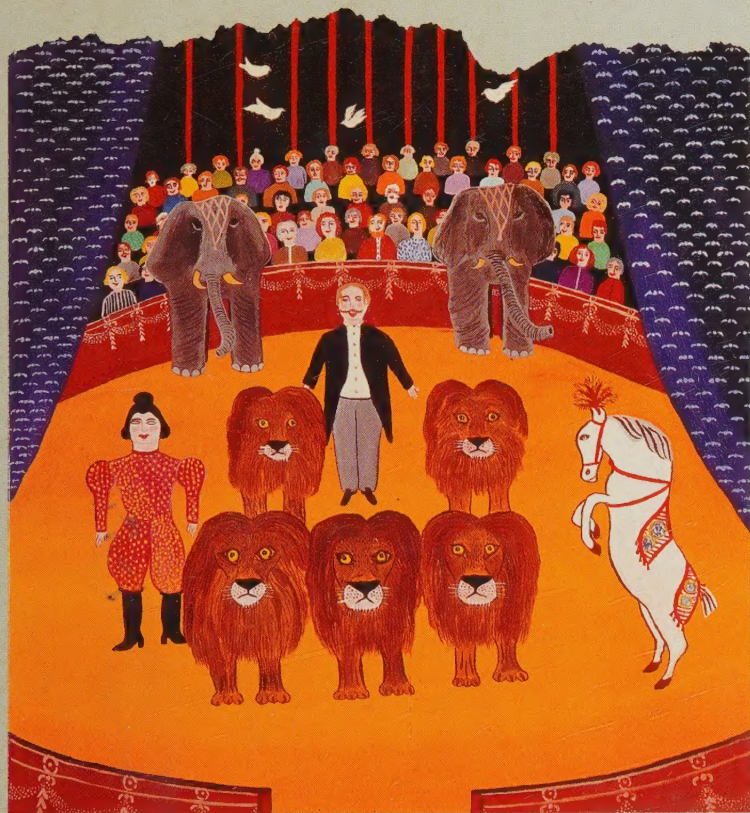


# Javier Tomeo

## El gallitigre

La búsqueda de la confraternización universal  
a través de los animales como reflejo y símbolo  
de las pasiones humanas.



Planeta



Foto Moisés Tibau.

Javier Tomeo, aragonés, estudió Derecho y Criminología en la Universidad de Barcelona y publicó su primera novela, *El cazador*, en el año 1967. A este relato, que sorprendió a todos los críticos del país en unos tiempos dominados por la problemática social y un realismo a ultranza, siguieron *Ceguera al azul* (reeditada recientemente con el título de *Preparativos de viaje*), *El Unicornio* (Premio Ciudad de Barbastro 1971), *Los enemigos*, publicada en esta misma colección en 1974, *Diálogo en re mayor* (1976), *El castillo de la carta cifrada* (1979), *Amado monstruo* (1985), *El cazador de leones* (1987), *La ciudad de las palomas* (1989), *Historias mínimas* (1989), *Bestiario* (1989), *El mayordomo miope* (1989) y *El discutido testamento de Gastón de Puyparlier* (1990). Algunas de esas obras han sido traducidas a numerosos idiomas extranjeros, y *Amado monstruo*, en su adaptación teatral, se ha representado con gran éxito en Francia y España.

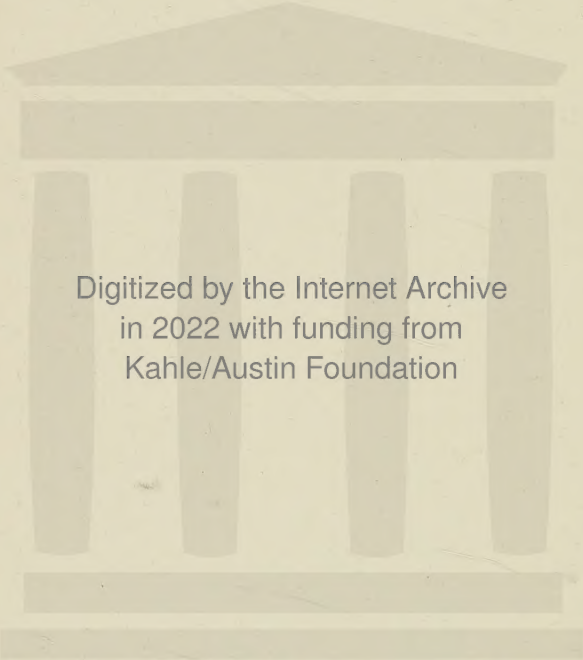
1400





# El gallitigre

Colección Autores Españoles  
e Hispanoamericanos



Digitized by the Internet Archive  
in 2022 with funding from  
Kahle/Austin Foundation

Javier Tomeo

El gallitigre

Planeta

COLECCIÓN AUTORES ESPAÑOLES  
E HISPANOAMERICANOS

Dirección: Rafael Borràs Betriu

Consejo de Redacción: María Teresa Arbó, Marcel Plans, Carlos Pujol y  
Xavier Vilaró

© Javier Tomeo, 1990

© Editorial Planeta, S. A., 1990

Córcega, 273-279, 08008 Barcelona (España)

Diseño colección y sobrecubierta de Hans Romberg

Ilustración sobrecubierta: fragmento de una pintura de Laplau (foto AISA)

Primera edición: setiembre de 1990

Depósito Legal: B. 33.844-1990

ISBN 84-320-7021-1

Printed in Spain - Impreso en España

Talleres Gráficos «Duplex, S. A.», Ciudad de Asunción, 26-D, 08030 Barcelona



*Para el niño Edelmiro de la Costanilla,  
que nació con dos grandes ojos azules  
que aspiraban a verlo todo  
y seis deditos en cada mano*



EL NARRADOR, encerrado con llave en su pequeña habitación (a salvo, por lo tanto, de los vecinos depredadores), decide escribir una historia protagonizada por los artistas de un circo. Es un hombre concienzudo, amigo del método y del orden (eso es, por lo menos, lo que dice su carta astral), y antes de empezar, para tener una idea de los tipos humanos a los que habrá de dar vida, dibuja por orden de aparición los personajes de la historia. Dichos personajes son los siguientes:

Augusto, payaso.

Matías, domador de Fido, el león.

Marcus, domador de Tadeo, el elefante.

Teodoro, domador de Ágata, la pantera.

Andrés, cuidador del cocodrilo.

Tancredo, trapecista.

Rosalía, trapecista.

Tasio, amaestrador de la foca y de los seis chimpancés futbolistas.

Nemesio, barrendero.

Nicolás, director del circo.

Wifredo, enano.

Darío, domador de Alí, el tigre.

Lucas, cuidador del camello.

Son, pues, trece personajes, que el narrador colorea de azul, rojo, amarillo, verde o rosa, según le da.

Matías, el domador del león, luce unos enormes bigotes de guías enhiestas. El narrador lo colorea de rojo y con la expresión de quienes parecen andar siempre perdonando la vida al prójimo.

Marcus, el domador del elefante, es un hombre corpulento, de nariz aplastada. Viste de azul.

Teodoro, el domador de la pantera, es un tipo apuesto, con una sonrisa perversa que parece ocultar secretos inconfesables. Viste de negro.

Andrés, el cuidador del cocodrilo, se presenta con un jersey verde de cuello alto que casi le tapa la barbilla. El narrador lo ha dibujado también con una sonrisa agresiva.

Tancredo, el trapecista, viste de rojo, como Matías. Tiene una mirada brillante y la cabellera ensortijada.

Rosalía, su compañera (una rubia con largas trenzas), viste de azul celeste. El narrador la ha dibujado demasiado metida en carnes, sobre todo teniendo en cuenta su condición de trapecista.

Tasio, el amaestrador de la foca malabarista, lleva una larga barba, tal vez para disimular en lo posible su curioso rostro, afilado como una luna en cuarto menguante, o en cuarto creciente, que para el caso es lo mismo. Su sonrisa resulta un poco estúpida. Viste de azul oscuro.

Nemesio lleva una especie de mandil amarillo y tiene el pelo rojo y dispuesto, en cierto modo, como el mocho de una escoba.

Nicolás, el director del circo, aparece con chistera, levita roja, pantalones negros y un largo puro entre los dientes. Calza botas de media caña de cuero negro. El narrador ha conseguido dibujarle con una mirada codiciosa y aureolado, además, por el humo que se escapa de su cigarro.

Wifredo, el enano, viste de color calabaza y sorprende, más que por su corta estatura, por el enorme tamaño de su cabeza y por su pícaro sonrisa.

Darío, el domador del tigre, es un individuo de amplias espaldas, nariz respingona y la mejilla cruzada por una cicatriz.

Lucas, el cuidador del camello, tiene la misma mirada entre distinguida y risueña de su animal. Viste de amarillo, pero en tonos más oscuros que los de Nemesio.

\* \* \*



Se inicia, pues, la historia en el preciso instante en el que el vecino del narrador, en el piso de arriba, desenfunda su viejo violín. Dos minutos después se escuchan los primeros arpeggios. El narrador empieza a escribir y nos sitúa ante un decorado de cartón-piedra que simula el interior de un circo. Sentado sobre un fardo, nos encontramos con Augusto, el payaso, y, a su alrededor, en torno a la pista, una doble hilera de sillas vacías.

Poco a poco Augusto alza la cabeza, levanta la mirada a su alrededor y se enfrenta con un público imaginario. Quiere evitar malentendidos y dejar las cosas muy claras desde el principio. No se considera el clásico payaso transido por la melancolía que tiene que ganarse la vida haciendo reír a los demás. No, no, nada de eso; se considera, por el contrario, un hombre hasta cierto punto feliz. Los chirridos del violín, que predisponen a una visión melancólica del mundo, no deben hacer caer a los lectores-espectadores (o espectadores-lectores) en el tópico de costumbre.

Nadie le responde. Nadie pone en tela de juicio sus palabras (no hay nadie, por otra parte, que pueda hacerlo), y el payaso, una vez que ha dicho todo lo que antecede, vuelve a la misma postura con que le encontramos hace un momento, es decir, regresa a su actitud ensimismada, con la cabeza entre las

manos y los codos apoyados en las rodillas, mientras el violín traza a su alrededor dulces arabescos. En este preciso instante, el narrador decide intervenir y se convierte en uno de los personajes de su propia historia. Se arroga, en definitiva, un papel que no le corresponde. Puede que al llegar a este punto más de cuatro se sorprendan —serán, en cualquier caso, los geómetras de siempre—, pero lo cierto es que el narrador sale de su dimensión y que, tras un breve carraspeo, pregunta al payaso si es realmente cierto que no tiene ninguna razón para sentirse infeliz.

Augusto le dice que no, que no tiene ninguna razón y que esta mañana, por el contrario, tiene motivos para sentirse especialmente feliz. El narrador le pregunta qué motivos son éstos y Augusto se sorprende de su ignorancia, pues, al fin y al cabo, se considera un invento suyo. Para no entrar en enojosos dimes y diretes, sin embargo, le explica que esta mañana se ha despertado extrañamente lúcido y que gracias a esa lucidez puede formularse preguntas que no se había planteado hasta hoy. Dice también que poder hacerse preguntas ya es mucho, aunque luego no se encuentren las respuestas correspondientes.

El narrador, tras la breve incursión en el mundo de sus criaturas de ficción, regresa a

su realidad, apoya los dos codos sobre la mesa y levanta la mirada hacia la fotografía de la pared. La puso ahí hace ya un par de años, pero la muchacha continúa sonriéndole como el primer día. El violín del vecino inicia un apasionado pizzicato y el narrador, con los ojos entornados, reconoce que el payaso tiene razón. Los hombres deberían sentirse alegres e incluso orgullosos de su condición por el simple hecho de ser capaces de formularse preguntas. Seguro que si consideran las cosas con calma no faltarán motivos para sentirse felices e incluso en paz con sus conciencias. Contemplando la muchacha de la fotografía, se dice asimismo que, si bien es cierto que de vez en cuando se nos presentan algunas excusas para sentirnos vagamente infelices, también es cierto que incluso en la tristeza existe cierto placer y que ni siquiera estando tristes dejamos de pasarlo bien.

Una vez que ha pensado todo eso, vuelve la mirada a los folios y enarbola otra vez la pluma, que había dejado apoyada en el cenicero de cristal. Traza un ligero ~~garabato~~ en el ángulo superior de la primera hoja e inmediatamente hace aparecer en el fingido escenario a Matías, el domador del león. No recuerda ya cuál es su aspecto y tiene que releer lo que ha escrito: Matías es, según estableció en un principio, un hombre que vis-

te de rojo, con enormes bigotes de guías enhiestas y la expresión de quienes parecen andar siempre perdonando la vida al prójimo. Se sienta sobre otro fardo, frente al payaso, y le pregunta si ha visto a Fido, el león. Augusto responde que sí, que Fido pasó por allí hace poco más de diez minutos, y que salió llorando por la puerta de la izquierda. El domador quiere saber si Fido iba solo. Habla de su león como otros podrían hablar de una muchachita en edad de merecer, pero Augusto no parece sorprendido y le dice que, en efecto, Fido iba solo y que le dio incluso la impresión de no sentirse demasiado feliz, como si no le importase haber recuperado la libertad.

Matías no demuestra la menor preocupación. Sacude varias veces la cabeza, con el aire de quienes se resignan ante los pequeños inconvenientes que de vez en cuando les presenta la vida, y enciende un cigarro. Dice que no tiene la menor idea de cuáles hayan podido ser las razones o los motivos del león para tomar las de Villadiego, que es la tercera vez que se fuga en lo que va de mes y que será también, sin duda, la tercera vez que regrese con el rabo entre las piernas.

Lo que no entiendo, añade luego, es por qué regresa después de haber conseguido escaparse. Augusto apunta la posibilidad de que la libertad le resulte dolorosa. La liber-

tad, en efecto, no sirve de nada, o sirve de muy poco, cuando se han perdido ya todos los dientes. Lanza una prudente mirada en derredor y recuerda que Fido perdió su último colmillo hace un par de semanas. Luego, levantando la voz, pregunta cómo consiguió escaparse. Fue el enano, responde Matías. Augusto sacude varias veces la cabeza y sonríe apaciblemente. ¡Ay, ese hombrecito!, suspira. Matías, sin embargo, no parece divertido. Las travesuras del enano no le hacen ni un pelo de gracia ni le mueven a la ternura. Esa miniatura de hombre, mascullo entre dientes, se entretiene creando problemas sólo para ver cómo ellos, los hombres de verdad, se parten luego el pecho buscando soluciones.

¿Y no piensas continuar buscándole?, le pregunta Augusto. Matías dice que no, que no vale la pena, porque, como acaba de decir el propio Augusto, Fido regresará a su jaula apenas comprenda que no vale la pena ser libre cuando ya no se puede morder. Augusto, sin embargo, no parece convencido de que ésa sea una buena idea. Dice que Fido asustará a la gente, sobre todo teniendo en cuenta que fuera del circo nadie sabe que no tiene dientes.

Pues deja que la gente se asuste, replica Matías, porque el pánico, de vez en cuando, resulta saludable.



Augusto sacude lentamente la cabeza y se refiere al prestigio del domador. Hay que ver las cosas desde otra perspectiva. ¿Qué pensarán los del pueblo cuando sepan que trabaja con un león desdentado? ¿A quién impresionarán luego los restallidos de su látigo? ¿De qué le servirá a Matías ese uniforme rojo como una llama? ¿A quién podrá engañar luego?

Matías comprende por fin la delicada situación en la que se encuentra, y se lleva las dos manos a la cabeza. Le extraña no haber tenido en cuenta esa posibilidad. Se levanta de un salto, sale rápidamente por la puerta de la izquierda y el narrador establece una breve pausa. Los ecos del violín, que suena incansablemente, le hacen recordar el cuello nacarado de alguna mujer que conoció hace dos mil años. Le hacen pensar también en un collar de perlas y en el suave tacto de la seda. Cuando el violín enmudece el narrador regresa a la realidad y advierte una vez más la triste situación en la que se encuentra: vive rodeado de unos vecinos a los que ni siquiera conoce y que, en cierto modo, podrían ser sus enemigos. Las vecinas se pasan las mañanas tarareando canciones insoporables y a uno de los vecinos, precisamente el del piso de arriba, le ha dado por aprender a tocar el violín. De nada sirve que cierre

las ventanas porque los ruidos atraviesan las paredes.

Por suerte, dispone de su fantasía. Gracias a ella, puede crear sus propios mundos y fugarse por paisajes inventados. Mientras el payaso languidece y Matías, formando bocina con las manos, llama a su león, el narrador reflexiona a propósito del miedo y llega a la conclusión de que el amor y el miedo no comen nunca en el mismo plato. Si tengo miedo de mis vecinos es porque no les amo, se dice. Prefiere, no obstante, que le tilden de miedoso a que le llamen imprudente. La desconfianza es el ojo derecho de la prudencia, piensa. Y luego, abandonándose cada vez más a sus desvaríos y encadenando sucesivamente pensamientos que nada o muy poco tienen que ver entre sí, reconoce que ni siquiera los leones carecen de ternura, aunque la tengan disimulada bajo las garras.

Con dientes o sin dientes, se dice, pensando concretamente en Fido, un león es siempre un león. Un animal muy hermoso, al que los hombres han tenido por símbolo no sólo de la fortaleza, sino también de la clemencia. ¿No fue acaso un león quien acarreó agua para san Gerónimo, cuando tan fácil le hubiese resultado comerse a aquel santo varón?

El narrador recuerda también que los leo-

nes de la Mauritania no tenían ningún inconveniente en compartir su camino con los hombres y en beber en la misma fuente en la que beben aquéllos, pero una vez que ha recordado todo eso decide reanudar la historia y devolver la voz a sus personajes, aunque sólo sea para decir lo mismo que él está pensando.

Es, pues, Augusto quien, sentado siempre sobre el fardo, canta en voz alta las virtudes del rey de los animales. Para los cristianos, dice, los leones fueron asimismo símbolo de la encarnación, de la resurrección, de la misericordia, de la fuerza, del valor e incluso de la prudencia, pues duermen siempre con los ojos abiertos y borran con la cola las huellas que conducen hasta su cubil.

Apenas acaba de decir todo eso aparece en escena Marcus, el domador del elefante. El narrador dejó ya muy claro que Marcus es un hombre corpulento, de nariz aplastada, vestido completamente de azul. No demuestra ninguna extrañeza al encontrar a Augusto hablando solo. Le sorprende, no obstante, que el payaso dedique tantos elogios al león. Los leones, en su opinión, no merecen ningún piropo. Ni mucho menos. Está dispuesto a sostenerlo donde haga falta. Ni siquiera son animales valientes, pues está demostrado que se asustan de un simple gallo.

Augusto sonríe. Envidia a Marcus porque

es un hombre que siempre está de buen humor y con ganas de bromear. ¿Cómo puede un gallo asustar a un león?, le pregunta. Marcus se sienta donde antes estuvo sentado Matías (es decir, sobre el mismo fardo) y dice que en esta ocasión está hablando en serio, que no bromea: los leones tienen miedo de los gallos, concretamente de los gallos blancos, y se asustan también del estruendo de las ruedas.

Alto ahí, replica entonces Augusto, dispuesto a defender el honor de los leones. También los basiliscos, a pesar de su mortífera mirada, tienen miedo de los gallos.

El narrador se divierte ahora sacando a relucir todo lo que aprendió en sus viejos libros de fábulas y bestiarios. Se introduce en el corpachón de Marcus y suelta una larga carcajada. Los basiliscos, dice por labios del domador del elefante, no existen. Pero un instante después se traslada al interior del payaso y se replica a sí mismo diciendo que los basiliscos son una realidad, y que nacen de los huevos que pone un gallo cuando son empollados por un sapo. Augusto se queda callado, con los brazos cruzados y la barbilla ligeramente levantada, en una actitud, sin embargo, que no llega a ser desafiante. Marcus adopta un aire desdeñoso. Es evidente que el payaso no le ha convencido. Piensa que el basilisco fue sólo una invención de los

antiguos y que el león es un animal pusilánime que se asusta al oír el cacareo de una gallina. No dice nada, permanece en silencio, cruzado de brazos, pero Augusto adivina lo que está pensando. De todos modos, dice, con acento conciliador, me parece bien que la gente defienda aquello que más ama y que trate de convencer a los demás de que lo suyo es precisamente lo mejor. Estoy seguro, por ejemplo, de que para ti el elefante es el mejor de todos los animales.

En efecto, dice Marcus, los elefantes son los mejores animales de la Creación. Pero cuando parece que va a continuar glorificando a los elefantes, se olvida de ellos (como si quisiera preservarles de cualquier comparación innecesaria que, hasta cierto punto, pudiera resultarles humillante) y vuelve a menospreciar a los leones diciendo que son poco más que perrillos falderos.

Augusto sacude varias veces la cabeza y bate la lengua contra el paladar, en señal de desaprobación. Lo que acaba de decir Marcus le parece una exageración.

Pues que se lo digan a la reina Berenice, replica Marcus. Y antes de que Augusto pueda preguntarle a cuál de las diversas Berenices que se conocen en la historia se está refiriendo, Marcus empieza a hablarle de un curioso león que acompañaba a aquella reina a todas partes. Berenice, por lo visto, te-



nía el cutis estropeado por el sol del desierto, y de vez en cuando ordenaba a su león que le pasase la lengua por la cara para que le alisase la piel, es decir, para que le quitase las arrugas.

Augusto suelta una carcajada. Un león, utilizado a modo de cosmético, dice. Sigue riéndose durante un buen rato y Marcus, que no tiene el menor sentido del humor, acaba incomodándose. Augusto puede reírse todo lo que le apetezca, pero se ratifica en lo que dijo antes: los leones son unos cobardes de tomo y lomo. Una vez que ha dejado bien claro ese punto, empieza por fin a enumerar las virtudes de los elefantes. Dice que los reyes más poderosos de la Tierra tenían en sus ejércitos escuadrones de elefantes y que los enviaban a la guerra adornados con centenares de campanillas de plata.

En esta ocasión, sin embargo, el payaso no da su brazo a torcer. Eso es, en efecto, lo que decide el narrador, que no siente preferencia por algún animal determinado.

Sin perder la sonrisa, Augusto comunica a Marcus que sus informes no coinciden con los suyos: a él le han dicho que los elefantes tienen miedo de los ratoncillos y que hay incluso algunos proboscidios que se asustan de las hormigas, que son aún más pequeñas que los ratones. A Marcus, sin embargo, le parece lógico que los elefantes, pese a su

corpulencia, fuerza y valor, tengan miedo de las minúsculas hormigas.

Tú también tendrías miedo de las hormigas, dice, si supieses que en un momento determinado se te pueden meter por los orificios de tu trompa y ascender por el interior hasta el cerebro.

Eso, claro está (añade al cabo de un instante, como dando por supuesto que Augusto tiene trompa), en el caso de que tuvieses cerebro.

Y luego, sin explotar su ocurrencia, continúa diciendo que en el interior de cada elefante anida el alma de un maharajá difunto y que a los elefantes les encantan las flores. Los elefantes indios, concretamente, salen cada mañana al campo con un cestillo de mimbre para recoger todas las flores que encuentran. Augusto escucha atentamente, sin pestañear, esperando una oportunidad favorable para interrumpirle y replicar. El detalle del cestillo de mimbre le brinda, por fin, la oportunidad que estaba esperando.

¿Y con qué mano sostienen tus elefantes ese cestillo de mimbre?, pregunta. ¿Con qué mano recogen las flores?

Marcus responde diciendo que los elefantes todo lo hacen con la trompa. No necesitan manos. La trompa es un órgano de tanta sensibilidad y delicadeza que, si se lo propusiesen, podrían tocar el arpa. Al oírle decir

eso Augusto recupera la sonrisa. Piensa que no vale la pena continuar discutiendo. De acuerdo, dice, los elefantes lo hacen todo con la trompa y son además muy valientes. Por eso les enviaban a las guerras y les utilizaban como arietes para abrir brechas en las filas enemigas. Me han dicho incluso, añade luego, que son muy inteligentes y que pueden aprender el lenguaje de los hombres, sobre todo el de los portugueses.

Marcus, suspica, se levanta lentamente y se acerca al payaso con los puños cerrados y actitud amenazadora. Piensa que Augusto le está siguiendo la corriente. ¿Me estás tomando el pelo?, masculla. Augusto, en lugar de tranquilizarle, echa más leña al fuego y añade que los elefantes son tan decentes y castos que no se aparean jamás antes de cumplir los veinte años y que, además, son fieles a sus respectivas parejas, o mejor dicho, a su cónyuge, durante toda la vida, lo que, evidentemente, no puede decirse de muchos matrimonios entre hombre y mujer.

Marcus enrojece y aprieta los dientes con tanta fuerza que se le amontonan los músculos de la mandíbula y parece como si le doliesen las muelas y tuviese la cara hinchada. Está ya convencido de que Augusto se está burlando de su devoción por los elefantes y no está dispuesto a tolerarlo. Derriba al payaso sobre el fardo, le clava una rodilla so-

bre el pecho y con la yema del pulgar de la mano que le queda libre empieza a frotarle vigorosamente la patilla. No se apiada de los lamentos ni de las protestas de inocencia de Augusto. Al cabo de tres o cuatro minutos deja al payaso medio desmayado y sale por la puerta de la izquierda.

\* \* \*

El narrador decide establecer una pausa y no tiene el menor inconveniente en abandonar al payaso caído en el suelo. Abandona también los folios sobre los que está escribiendo, se levanta, abre la ventana del cuarto (la ventana, de cristales esmerilados, da a un patio interior al que jamás llegan los rayos del sol) y los arpegios del violín, siempre desafinados, llegan con más nitidez. Se trata, en efecto, del vecino del piso de arriba, que, como dijimos antes, a los sesenta años se empeñó en aprender a tocar el violín. ¿Pueden acometerse empresas tan heroicas cuando se han cumplido ya tantos años? El narrador levanta la mirada al cielo y comprueba que durante estos últimos momentos se ha ido cubriendo de grandes nubes. Ha cambiado el viento y supone que no tardará en llover. Cierra otra vez la ventana, vuelve a sentarse ante las cuartillas, lanza una nueva mirada a la muchacha de la fotografía (se

trata de una vieja costumbre, y cualquiera que le sorprendiese durante esos instantes podría suponer que busca en el rostro de la mujer la inspiración necesaria para continuar escribiendo) y decide insuflar nuevas energías en el payaso, que ha quedado bastante maltrecho tras la agresión de Marcus.

Augusto se incorpora, pues, lentamente, acariciándose la patilla herida. Marcus se equivocó al suponer que le estaba tomando el pelo. Por lo visto, ese bruto ni siquiera conoce todas las virtudes de su animal preferido. Que sean reales o falsas, es ya harina de otro costal, y el payaso, mientras vuelve a sentarse sobre el fardo, recuerda que hubo incluso un tiempo en el que los elefantes fueron emblema de la castidad y del bautismo y en el que la piel ardiente de esos animales simbolizó nada menos que los diez mandamientos de la ley de Dios. ¿Qué le importan a él, sin embargo, todas esas zaran-dajas? ¿Qué le importa que los elefantes indios salgan o no salgan cada mañana al campo para recoger flores en un cestito de mimbre? ¿Qué puede importarles a ellos, los payasos, que los elefantes sean o no sean fieles a sus respectivos cónyuges durante todo el tiempo que dura su vida marital, o que estén animados por el alma de un maharajá difunto? ¿Qué salen ganando con todo eso?

Mientras Augusto está haciéndose esas



preguntas, el elefante barrita enfurecido entre bastidores. Puede escucharse también el ruido de la argolla y de las pesadas cadenas que le mantienen sujeto a una estaca. Augusto, sin embargo, no se alarma. Continúa sentado sobre el fardo, acariciándose la patilla, dolorida aún por el pulgar de Marcus. Lo que más duele, sin embargo, es la incompreensión de que ha sido víctima por parte del domador. Los elefantes y los leones, es cierto, le traen sin cuidado (sus preocupaciones son de otro orden), pero él no se ha atrevido nunca a burlarse de los sentimientos de los demás.

Hay algo, sin embargo, que le sirve de consuelo y que incluso le reconforta: por un lado tiene a Matías, el domador del león, que cree a pies juntillas en la realeza de los leones, incluso en la realeza de los leones desdentados. Por otro lado (como si dijésemos, en el otro rincón del cuadrilátero), está Marcus, el domador del elefante, que defiende la primacía de los paquidermos. A Augusto le parece estupendo que entre los hombres pueda existir semejante diversidad de opiniones, aunque sólo sea porque gracias a ella es posible luego el noble juego de la democracia.

¿Podría vivir yo, se pregunta, en un mundo dominado por una idea única? ¿Podría resistir tanto aburrimiento?

Sonríe con aire melancólico y deja por fin de acariciarse la patilla. Los ecos del violín, que se generan en otra dimensión, cruzan espacios que deberían resultar insalvables y entran en el circo. Eso, ciertamente, no es posible, pero es el narrador, en definitiva, quien lo dispone así para demostrar claramente que todas sus simpatías están con el payaso. También el narrador, en efecto, sabe muy bien que la verdad se ofrece siempre fraccionada a los hombres y que no hay nadie que pueda presumir de poseerla en su totalidad. Los hombres debieran conformarse con la parte alícuota que les corresponde.

¿Cómo es posible, le pregunta de pronto el payaso, desde el fondo de su cuartilla, cómo es posible, amigo mío, que yo pueda oír también el violín de tu vecino? ¿Cómo es posible, si yo estoy aquí, y tú estás allí, como si dijésemos al otro lado de la barrera?

La música es el cordón umbilical que nos mantiene unidos, murmura el narrador, con acento emocionado. Y comprende inmediatamente que está hablando solo, es decir, que está formulándose preguntas y dándose a sí mismo las respuestas que más le gustaría escuchar. No le preocupa, sin embargo, perder el juicio y va todavía más lejos. Acaba de trasladar todas sus ideas y sentimientos al payaso, con quien ha decidido identificarse plenamente, y le busca un interlocutor

malicioso que ponga a prueba la solidez de sus convicciones.

Me parece que te estás dando demasiada importancia, opina esa maliciosa criatura recién inventada, asomando la cabeza por detrás del decorado. ¿Qué pueden importarte a ti las verdades universales si careces incluso de la parte alícuota de la pequeña verdad cotidiana que te corresponde?

Augusto no pierde la calma. Sabe que por detrás suyo, respaldándole, está el narrador y que es él, en definitiva, quien acabará decidiendo quiénes van a ser los vencedores y los perdedores en esta historia. Esboza una sonrisa y responde diciendo que es cierto, que hasta hoy no ha podido encontrar aún la parte alícuota de esa verdad única por la que suspiramos todos. Reconoce también que algunas veces se descubre de pronto en medio de la charanga del circo y que durante esos instantes se siente desconcertado. Una vez superados los primeros momentos de confusión, sin embargo, tiene algo muy claro y encuentra nuevas razones para sentirse optimista.

¿Qué es lo que tienes tan claro?, sigue preguntándole el malicioso.

Tengo claro, responde Augusto, que a pesar de todo soy un hombre que no carece de algún que otro recuerdo hermoso.

Eso es precisamente lo que le sucede al

narrador: de vez en cuando vuelve la mirada hacia atrás y descubre a sus espaldas hermosos paisajes. El simple hecho de saber que un día atravesó esas rosaledas y aspiró el perfume de flores que murieron hace años le parece razón suficiente para continuar viviendo. Vivir en el recuerdo, suspira, volviendo una vez más la mirada a la fotografía de la muchacha. Siente un ligero pinchazo en el costado y recoge el hilo de su historia. Veamos: Augusto continúa sentado en el fardo, transido por melancolías que ni siquiera es capaz de definir. ¿Cuáles podrían ser, pues, los recuerdos hermosos del payaso? ¿Alguna otra muchacha de ojos color de humo que algún día, imprudentemente, le juró también amor eterno?

De cualquier modo (murmura Augusto, siguiendo las instrucciones del narrador), los hombres no tienen derecho a cerrar los ojos y a desentenderse de sus problemas. El mundo es perfeccionable, pero su perfeccionamiento exige la colaboración de todos.

Pero ¿y si la perfección fuese una locura?, vuelve a preguntarle el mismo malicioso de antes, asomando otra vez la cabeza. ¿Y si aspirar a la perfección fuese la más peligrosa de las locuras?

*Pero narrador  
¿perfección  
perfeccionamiento*  
Esta vez Augusto no se toma la molestia de responder. Acaba de descubrir que el narrador está tendiéndole una trampa y per-

manece en silencio, pendiente de los arabescos del violín del vecino. Si entendemos por imperfección la falta de armonía entre las partes, se dice, sería muy difícil encontrar algo más imperfecto que este circo. No piensa, sin embargo (eso ya lo dijo antes), que esa desarmonía deba interpretarse forzosamente como algo negativo. Por el contrario, puede que radique ahí la principal virtud del circo. Aquí, en efecto, nadie es de la misma opinión, cada cual trata de llevar las aguas a su molino. Bajo una carpa única se esconde todo un universo de perspectivas distintas.

Así es, señores, observa Augusto vuelto hacia el patio de butacas que el narrador ha decidido finalmente situar frente al espacio en el que se mueven sus criaturas. Ustedes han tenido ya la oportunidad de conocer a Matías, el domador del león, y a Marcus, el domador del elefante. Cada uno de esos hombres defiende la primacía del animal al que, en cierto modo, debe su empleo. Pero se equivocan ustedes si piensan que todos los que trabajamos en este circo estamos divididos únicamente en esos dos bandos. Las opciones, por el contrario, son mucho más variadas. Marcus, es cierto, defiende a su elefante y Matías defiende a su león, pero del mismo modo Teodoro defiende a Ágata, la pantera negra, Andrés a su cocodrilo, Da-

río a su tigre de Bengala, Tasio a su foca malabarista y Lucas a su camello.

Todos los animales citados, como puestos de acuerdo, estallan de pronto en una ensordecedora algarabía. Un instante después, por la puerta de la izquierda, el narrador hace entrar a Teodoro, el domador de la pantera negra. Teodoro (antes dijimos que era un hombre apuesto, de sonrisa seductora pero perversa) se tapa los oídos con las manos y se sienta en el mismo fardo donde antes estuvieron sentados Matías y Marcus y pregunta qué es lo que inquieta a los animales. Augusto le dice que tal vez estén barruntando la tormenta. Respiran la electricidad del aire y se intranquilizan.

Teodoro se quita por fin las manos de las orejas. Se trata, en efecto, de un hombre de porte agradable, pero su sonrisa, fatalmente, acaba intranquilizando a sus interlocutores. Sucede, además, que tiene el ojo izquierdo ligeramente mayor que el derecho y esa asimetría facial, por leve que resulte, contribuye todavía más a darle el aire inquietante de un conspirador veneciano. Ladea la cabeza, se forma pantalla con una mano y al cabo de un instante se extraña de no oír en el coro de animales los poderosos rugidos de Fido. ¿Qué es lo que le pasa a ese viejo bribón?, pregunta.

Augusto se lo explica en dos palabras:



Fido se escapó y Matías le está buscando ahora por todas partes. Teodoro se sorprende de que, una vez más, el viejo león haya tenido arrestos para huir. Dice también que no le extrañaría saber que había sido el propio Matías quien le hubiese abierto la puerta de la jaula.

Ese cretino, masculla, debe de estar ya hasta la coronilla de soportar a su viejo león de trapo.

Luego, bajando el tono de voz y tras asegurarse de que no hay nadie cerca que pueda estar escuchándole, continúa diciendo que los leones, tengan o no dientes, son animales que gozan de un prestigio inmerecido. Coincide, pues, con lo que piensa Marcus. Quiere saber lo que opina Augusto al respecto, y mientras el payaso medita la respuesta que más le interesa dar, el narrador contempla la hoja de papel donde tiene dibujados a todos sus personajes y decide modificar el aspecto de Teodoro. Respeta su sonrisa perversa e incluso su inquietante desequilibrio facial (con un ojo, no lo olviden ustedes, ligeramente mayor que el otro), pero ahora le dibuja con las orejas en forma de asa y arcos ciliares muy pronunciados.

Dime, ¿qué es lo que piensas tú de los leones?, vuelve a preguntar al payaso. Augusto ha elegido ya la respuesta que le parece más prudente. Responde, con un vago movimien-

to de su mano derecha, que el león es un animal que algunos han incluido en el bestiario de Cristo, pero que algunas veces se encuentra también en el bestiario de Satán. Es, en definitiva, una forma como otra cualquiera de lavarse las manos y de no comprometerse. Teodoro enciende un cigarrillo y observa las volutas de humo con una expresión sombría. Si esos animales fuesen realmente los reyes de la selva, murmura, yo me declararía republicano hasta la médula de los huesos. Y en este preciso instante el narrador decide que la misma lluvia que se abate sobre su ciudad y que, en cierto modo, parece concentrarse en el patio de su casa, empiece a caer también sobre el circo inventado. Ninguno de los dos hombres, sin embargo, hace la menor referencia al meteoro. Teodoro monta una pierna por encima de la otra y continúa fumando, mientras el camello, a lo lejos, gime tristemente. Digamos también que entre el estrépito del aguacero y a poco que se afine el oído puede escucharse todavía el violín del vecino. De improviso, Teodoro le pregunta al payaso si existe algún animal que a su juicio merezca el calificativo de rey de la selva.

*in his judgment*  
Puede que ese animal sea la pantera, responde Augusto.

Teodoro sonríe ampliamente. En efecto, dice, es la pantera. Las panteras son más

hermosas y más valientes que los leones. Y añade que las panteras son además de variados colores, como la túnica de José, y que cuando comen y se sacian, se quedan dormidas en sus madrigueras y no despiertan hasta el tercer día. Cuando llega ese tercer día, sin embargo, despiertan de su largo sueño, claman con una gran voz y de esa voz se exhalan toda clase de aromáticos olores. Luego, para ilustrar sus palabras (y pensando, tal vez, que el subyugador aliento de las panteras se contagia a sus domadores), coge a Augusto por el cuello, como si fuese a estrangularle, inmoviliza el rostro del payaso a un palmo del suyo y le echa el aliento a la cara.

to blow  
his face

Delicioso, susurra Augusto, con los ojos cerrados y medio aturdido por un insoportable olor a cebolla.

Y al narrador, al llegar a este punto, se le ocurre que entre bastidores se levante inesperadamente la perversa risa de una hiena, a pesar de que en el circo no hay hienas. Las ásperas carcajadas del animal sirven, pues, para acentuar la ridícula situación en la que se encuentra Augusto, forzado hasta cierto punto a sonreír por la inesperada ocurrencia de Teodoro.

Una vez que la hiena acaba de reír, el narrador deja la pluma sobre el cenicero, se lleva las manos a la cara y con la yema de

los dedos se estira la piel hacia atrás, alisándose las arrugas. Piensa en el león de Berenice y sonríe tristemente. Envejecer es mala cosa, suspira, levantando la mirada hacia la muchacha de la fotografía. No hay, por supuesto, respuesta a sus palabras, y el narrador piensa que ella está de acuerdo, aunque sólo sea por aquello de quien calla otorga. Aplicar ese principio jurídico a las pequeñas cosas de la vida cotidiana, en realidad podría servir de consuelo a muchos hombres solitarios. Yo hablo con la estatua, con la fotografía, con la flor, con la nube e incluso con mis recuerdos y mis interlocutores, sin necesidad de responder con palabras, aceptan el diálogo que les propongo.

¿Acaso no es así?, pregunta el narrador a la muchacha de la fotografía, que, digámoslo ya, tiene los ojos ligeramente separados de la base de la nariz y los labios distendidos en una dulce sonrisa. ¿No es cierto, amiga mía, que yo te pregunto y tú me respondes?

Se trata de una pequeña licencia poética que el narrador se permite de vez en cuando, pero que luego no le lleva a ninguna parte, como no sea a una mayor conciencia de su soledad. Suspira, sacude la cabeza y vuelve a empuñar la pluma. Repasa las últimas líneas de lo que lleva escrito y constata que Teodoro y Augusto están aguardando que vuelva a ponerles en movimiento. ¿De qué

pueden continuar hablando, sin embargo, un domador enamorado de su pantera y un payaso que ni siquiera cree en sí mismo?

Por un momento, para simplificar las cosas, está a punto de hacer salir a Teodoro. Que se vaya a platicar con su hermosa criatura de ojos fosforescentes, se dice. Un instante más tarde, sin embargo, cambia de idea y decide que, en lugar de prescindir del domador, aparezca Andrés, el cuidador del cocodrilo. Tampoco ahora, sin embargo, recuerda el aspecto del nuevo personaje y debe buscarle entre los dibujos que hizo en un principio. Le encuentra precisamente entre Marcus y Tancredo, coloreado de verde (como suele ser, en tonos más o menos vivos, la piel de los cocodrilos) y con la sonrisa entre untuosa y agresiva de los lagartos viejos. Andrés confiesa que no ha podido por menos de oír lo que estaban diciendo. Se sienta entre el payaso y Teodoro, sobre un tercer fardo, y reconoce que las panteras, en efecto, tienen el aliento perfumado y se valen de ese perfume para atraer a los monos hasta sus garras. Ha dicho todo eso sin entusiasmo, como quien refiere cosas sabidas y aceptadas por todo el mundo. Podría, pues, suponerse que Andrés acepta tácitamente la primacía de la pantera sobre todos los animales de la Creación, o, por lo menos, sobre todos los animales de este circo. Un

*Del fin  
mundo*

instante después, sin embargo, Andrés añade que Teodoro no debe presumir por el hecho de que las panteras tengan el aliento perfumado, porque también los cocodrilos (concretamente el suyo) tienen el estiércol perfumado y, además, no pertenecen al bestiario de los vicios.

¿Quién te ha dicho a ti que las panteras son viciosas?, le pregunta Teodoro, ofendido.

La respuesta de Andrés es muy simple: las panteras simbolizan la concupiscencia porque tienen la piel tachonada de ojos. Teodoro mueve varias veces la cabeza: le gustaría saber qué es lo que un hombre de derechas como Andrés entiende por concupiscencia. Es una observación, en definitiva, que al narrador se le ha ocurrido de pronto (en realidad, todas las cosas se nos ocurren de pronto, pero algunas lo hacen de un modo especialmente repentino) y ahora, tras tropezarse inesperadamente con la voz concupiscencia, no sabe cuál pueda ser su significado exacto. En cierto modo es como si se hubiese hecho la pregunta a sí mismo. ¿Qué es, pues, concupiscencia? Consulta su viejo diccionario y, sin más dilaciones, pone la correspondiente definición en labios del cuidador del cocodrilo. En su segunda acepción, explica Andrés a Teodoro, concupiscencia significa el apetito desordenado de placeres sensuales.



Teodoro suelta una carcajada y replica diciendo que su pantera es negra y que mal puede simbolizar esa concupiscencia a la que Andrés se refiere un animal que no tiene ni un solo ojo en la piel. Andrés se queda sin saber qué replicar y el narrador piensa que ha llegado el momento de que Teodoro, con la satisfacción de haber dejado al otro con la boca abierta, abandone el espacio en el que ha decidido ubicar a todos los personajes de su historia, y que, como habrán pensado más de cuatro, podría ser el amplio escenario de un teatro.

Tras el mutis de Teodoro, el payaso vuelve hacia Andrés una mirada risueña. Reconoce que tampoco él sabía que el estiércol de los cocodrilos oliese bien y Andrés vuelve a decirle que no sólo huele bien, sino que puede decirse incluso que huele incluso admirablemente y sirve además para muchas cosas, por ejemplo, para limpiar el cutis de pecas, pero que no por eso presume de cocodrilo como Teodoro, por ejemplo, presume de pantera.

No sé, no sé, añade luego, no quiero que me tengas por malpensado, pero en algún momento he llegado a sospechar que entre ese hombre y su pantera existe algo más que una simple relación domador-fiera.

No te entiendo, murmura el payaso. Andrés baja la voz y dice que las panteras (o los

leopardos, que para el caso es lo mismo) son, como dijo antes (y si no lo dijo, lo dice ahora), símbolo de la astucia y de la lujuria, y que hace algún tiempo (cuando Teodoro y él eran buenos amigos y se lo contaban todo), Teodoro le contó que mantenía relaciones íntimas con Ágata y que en cierta ocasión llegó incluso a confesarle que se sentía orgulloso pensando que aquélla era la primera vez en su vida que estaba completamente seguro de ser el único hombre en la vida de una hembra.

\* \* \*

Una vez que el narrador ha obligado a Andrés a decir todo lo que antecede, establece otra pausa, abandona una vez más la pluma sobre el cenicero y con los dedos índice y medio de cada mano se presiona ligeramente las sienes, como tratando de reajustar algún tornillo suelto. No tiene muy claro cuál deba ser la reacción del payaso después de que Andrés le haya descubierto los inconfesables secretos de Teodoro. En un principio considera que, teniendo en cuenta los fines generales que se había propuesto alcanzar con esta historia, tal vez le convenga más un payaso un poco pazguato que se escandalice de que los seres humanos puedan mantener

relaciones sexuales con un animal, por muy pantera que sea. Luego, sin embargo, recuerda que él mismo tiene un viejo amigo que tampoco desaprovechó la oportunidad de yacer con otra pantera (aunque la pantera en este caso no fuese negra) y llega a la conclusión de que la zoofilia no es un hábito tan infrecuente como pudiera pensarse en un primer momento. Decide, pues, que Augusto no se escandalice y no puede por menos de sonreír recordando que a la pantera de su amigo tuvieron que encerrarla en el zoológico aquella misma noche cuando, apenas consumada su violación, se le comió un par de dedos al dueño de la casa. El narrador recuerda también que todos los domingos por las mañanas, durante un par de meses, su amigo estuvo visitando a la pantera en el zoo. Aquel iluso se plantaba delante de la jaula con un ramo de flores entre los brazos y esperaba inútilmente que la feroz criatura se dignase dedicarle una mirada amable, sin aceptar que la muy ingrata hubiese dejado ya de reconocerle.

La lluvia golpea los cristales de la ventana y el violín se enreda cada vez más en absurdos arabescos. El narrador vuelve a su historia y decide poner en labios de Andrés algún comentario jocosos que pueda romper el ritmo de la narración.

Dime ahora, Augusto (hace decir a An-

drés), ¿quién es el guapo que se acuesta con una cocodrila?

Y suelta luego una carcajada, divertido por su propia ocurrencia. Pese a ese estallido de buen humor, sin embargo, Augusto no se atreve a decirle lo que piensa a propósito de los reptiles en general y de los cocodrilos en particular. Ha sido siempre un hombre respetuoso con los gustos del prójimo y teme herir la susceptibilidad de los demás. Cambia de postura y se queda mirando a Andrés con una mirada neutra que a nada le compromete. Un instante después Andrés recupera la calma y chasquea la lengua contra el paladar, como situando una frontera de seriedad entre sus últimas carcajadas y lo que va a añadir ahora. Sacude varias veces la cabeza (es otra forma de decir que va a decir algo muy serio) y después afirma con cierta solemnidad que, bromas aparte, no hay otro animal que iguale en crueldad y fiera a sus admirados cocodrilos.

Tanto es así (dice, tras un breve carraspeo) que esas magníficas criaturas, apenas rompen la cáscara del huevo, se lanzan ferozmente sobre cualquier forma de vida que palpita a su alrededor.

Y luego añade que los cocodrilos recién nacidos saben que sólo comportándose de ese modo sus padres les reconocerán luego como hijos legítimos, es decir, como hijos

naturales, porque también se puede ser hijo legítimo sin serlo de sangre. Una vez que ha dicho todo eso, y de una forma bastante inesperada, pero con un insoportable retintín, se interesa por la filiación de Augusto.

¿También a ti te reconocieron tus padres?, le pregunta. ¿Tuvieron algunos problemas al respecto?

Augusto sonríe y levanta la mirada a lo alto de la carpa. No vale la pena replicar. Andrés tiene razón al acusarle de ser excesivamente condescendiente con el prójimo. Puede incluso que sea un hombre pusilánime, por no decir, simplemente, cobarde. El cuidador del cocodrilo, sin embargo, no insiste y deja de mortificarle, porque en estos momentos le apetece más cantar las virtudes de los saurios que zaherir a un hombre sin agallas que es capaz de soportar sonriendo todas las bofetadas. Se refiere ahora al número mágico que preside la vida de los cocodrilos. Es, exactamente, el sesenta. No podía ser otro. Sesenta. Ni cincuenta y nueve, ni sesenta y uno. Precisamente sesenta. No se trata, sin embargo, de un número que se les atribuya caprichosamente, pues existen poderosas razones que lo justifican: la gestación de los cocodrilos se prolonga a lo largo de sesenta días, las hembras paren sesenta huevos y tardan, además, sesenta días en incubarlos. Y por si eso no fuese suficiente, los

cocodrilos tienen también sesenta dientes, pueden permanecer inmóviles y sin comer durante sesenta días y viven sesenta años.

¿No te parece maravilloso?, exclama Andrés, que al cabo del tiempo no se ha acostumbrado todavía a tantas coincidencias. El payaso no sabe qué responderle y Andrés acerca su fardo al de Augusto y cuando está lo suficientemente cerca le pasa el brazo por encima de los hombros y, con la voz velada por la emoción, le confiesa que más de una vez se le han escapado las lágrimas viendo a su infeliz cocodrilo metido en esa especie de ridícula bañera que sirve para llevarle de un sitio a otro.

¿De qué le sirve hoy a mi amado monstruo la gloria de sus antepasados?, exclama. ¿De qué le aprovecharía a mi cocodrilo saber que los antiguos egipcios construyeron para otros cocodrilos hermosísimos lagos? ¿De qué le serviría conocer que tuvo incluso algún antepasado que fue dios?

\* \* \*

El narrador establece una nueva pausa y se dice, releendo lo escrito, que tal vez no debiera atribuir tantas erudiciones a sus personajes. No es lógico, piensa, que hable de ese modo y que sepa tantas cosas un



hombre que, al fin y al cabo, sólo fue a la escuela hasta los catorce años y que únicamente es capaz de ganarse la vida cuidando de una criatura que ni siquiera le reconoce. Pese a todo, se mantiene fiel a su idea primera y no corrige lo que ya ha escrito. Hace salir a Andrés del escenario —reconoce, también, que mueve a sus personajes caprichosamente, sin preocuparse demasiado por justificar sus entradas y salidas—, y el payaso, al quedarse solo, suspira y recuerda que hubo en efecto un tiempo en el que los cocodrilos fueron dioses y en el que las madres se alegraban de que esos monstruos de ojos de cristal les arrebatasen a sus hijos.

Al cabo de un momento, vestido de carmesí, aparece Tancredo, el trapealista. Al verle entrar Augusto, que parecía traspasado por la melancolía, alza de inmediato la frente y adopta una expresión risueña. Tancredo le pregunta con voz angustiada si ha visto a Rosalía, su compañera. En cierto modo, se repite pues la misma situación de antes, cuando Matías, después de entrar por la misma puerta, le preguntó si había visto a su león. En esta ocasión, sin embargo, el payaso niega con amplios movimientos de cabeza. No, no la he visto, dice. Pues no lo entiendo, suspira Tancredo. El payaso le pregunta qué es lo que no entiende y el trapealista responde diciéndole que Rosalía ha

desaparecido. Augusto se encoge de hombros. Le sorprende que todavía queden hombres que se extrañen porque desaparezcan las mujeres. Dice que todas las mujeres, antes o después, acaban desapareciendo: se sientan en el borde de sus pequeños corazones y a partir de ese momento nadie es ya capaz de encontrarlas.

Rosalía, le explica entonces Tancredo, ha desaparecido de un modo insólito. Estábamos ensayando un nuevo número, dio un salto al cielo y ya no volvió a caer.

Augusto sonríe. Piensa que el trapealista está tomándole el pelo y quiere mostrarse a la altura de las circunstancias. Al fin y al cabo, él es el único especialista del circo en hacer reír a los demás. Se queda un instante cavilando, se lleva el índice a la punta de la nariz y sugiere por fin la posibilidad de que Rosalía, después de su prodigioso salto, se haya caído por algún agujero. Tancredo no le comprende. ¿Agujeros? ¿En el cielo? Augusto fuerza un poco más la sonrisa, propia de los hombres optimistas que piensan que pueden encontrar respuestas a todos los misterios de este mundo.

El cielo, mi querido Tancredo, sigue diciendo, es un inmenso queso gruyère pintado de azul. Mi maestro decía que era una gran vaca estrellada, pero no puede ser una vaca porque el cielo no muge.

¡Oh, basta de chanzas!, solloza el trape-cista.

Y en este instante Augusto empieza a comprender que ha metido la pata, pero, arrastrado por la inercia de su eterno papel de chistoso, se arriesga a continuar con la broma. Añade que su maestro no tenía ningún inconveniente en rebajar los truenos a la categoría de mugidos y Tancredo se abalanza sobre el payaso.

¡Ah, miserable, que andas siempre burlándote de la gente!, estalla. ¡Ya te enseñaré yo a burlarte de mi dolor!

Agarra por el cuello a Augusto y le zaran-dea violentamente. Sale luego por la puerta de la derecha, llamando a Rosalía a grandes voces, y Augusto queda en el suelo. Como hizo antes, después de que Matías le frotase la patilla, se incorpora lentamente, se acaricia el cuello con la mano derecha, vuelve a sentarse sobre el fardo y su sonrisa, milagrosamente, reaparece. Se enfrenta con los espectadores del patio de butacas (todavía quedan algunas localidades vacías) y les dice que no es él, ciertamente, un hombre que se ría del amor, que no lo hizo nunca y que no piensa hacerlo jamás.

Ese muchacho (exclama, refiriéndose a Tancredo y levantando la voz para que puedan oírle en las últimas filas), parece haber perdido el juicio. ¿Tendremos sin em-

bargo que creerle al pie de la letra cuando dice que Rosalía dio un salto y ya no volvió a caer? No, no, eso seguramente no es cierto, no puede ser cierto; las cosas no pudieron ocurrir tal como él las cuenta. Resultaría excesivo. En el cielo, en efecto, no hay agujeros. Fue, tal vez, un modo de decirme que su enamorada le abandonó cuando nada hacía sospechar que pudiese hacer algo semejante.

Pausa. El tigre (o tal vez la pantera negra de Teodoro) maúlla a lo lejos con toda la increíble lascivia de los felinos encelados. Augusto aguarda a que el misterioso animal guarde silencio.

De cualquier modo (sigue diciendo luego, con la mirada puesta ahora en las dos ancianas de rostro avinagrado que acaban de aparecer milagrosamente en la primera fila), a mí me parece preferible perder un amor que no haberlo encontrado nunca.

¿Qué quieres decir con eso?, le pregunta el narrador, decidiéndose una vez más a participar otra vez en su propia historia.

Quiero decir, escribe inmediatamente, respondiéndose a sí mismo por labios de Augusto, que es el amor que los demás sienten por nosotros lo único que da valor a nuestra vida. ¿Quién soy yo?, nos preguntamos alguna vez, en atardeceres especialmente melan-

cólicos. Yo soy, pueden responderse a sí mismo algunos, aquel que es amado.

¿Aquel que es amado?, insiste el narrador, mientras la tormenta arrecia cada vez más. Vuelve otra vez la mirada hacia la muchacha de la fotografía y trata, por énésima vez, de descifrar el misterio de su sonrisa. La tormenta arrecia también sobre el circo y el payaso continúa hablando en nombre de su creador.

En efecto, dice, yo soy lo que de mí piense mi enamorada. Yo soy la hermosa imagen que ella ha creado de mi persona. Puede incluso que yo sea lo mejor de sus pensamientos. Y después de hacernos esas reflexiones podemos sentirnos ya más tranquilos y en paz con nuestra propia conciencia, porque comprendemos que también nosotros, a través de aquellos que nos aman, vivimos en conexión con el Universo común.

Pero ¿y la gente que no es amada?, se pregunta el narrador, acongojado.

La gente que no es amada (vuelve a responderse a sí mismo, llevando la ficción hasta el extremo de cambiar de voz) acaba perdiendo su identidad a fuerza de silencios y soledades. ¿Quién soy?, se preguntan. Y nadie les responde. ¿Dónde estoy? ¿Adónde voy? ¿Quién me espera? ¿Quién me desea? ¿Quién me recuerda en los más dulces momentos de la noche? Y nadie les responde.

Algunos espectadores bostezan. Incluso las ancianas de la primera fila parecen completamente indiferentes a las desazones del payaso-narrador, o del narrador-payaso.

Lo único cierto, señores (prosigue Augusto), es que los hombres solos, como dijo el poeta, estamos siempre mal acompañados. Cierto que también están solos los animales de este circo; ninguno de ellos tiene pareja, pero esos animales, por el mero hecho de serlo, viven únicamente esclavizados por los ciclos primaverales. Una vez que superan esos ciclos no tienen ya problemas de identidad con los que enfrentarse y el instinto de reproducción sólo es para ellos una fuerza ciega que no comprenden y que no tiene nada que ver con la certeza de una muerte que ni siquiera sospechan. No es de extrañar, por lo tanto, que en este lluvioso día de otoño, cuando la primavera apenas es una esperanza, todos esos animales (aparte de algún ataque de nervios circunstancial), puedan mostrarse extraordinariamente tranquilos, sensatos y seguros de sí mismos. Veamos, por ejemplo, lo que nos cuenta el elefante, al que tanto admira el bueno de Marcus.

El payaso quiere demostrar a sus espectadores-lectores que tiene razón al pensar lo que piensa. Extiende el brazo derecho y señala el lugar donde antes se alzaron los ba-



rritos del elefante. Casi de inmediato, como si hubiese estado esperando la señal del payaso, el proboscidio (a quien los lectores-espectadores no pueden ver, pero que pueden imaginarse fácilmente tan enorme y plumoso como una brumosa tarde de noviembre) empieza a barritar con fuerza.

¿Son ustedes capaces de descifrar esos berridos? (les pregunta Augusto, volviendo a quedarse con la mirada puesta en las dos ancianas de la primera fila). ¿No? Pues no se preocupen, no vale la pena. Yo lo haré por ustedes. Ahora mismo ese viejo elefante se está identificando con todo detalle.

Cuidado, amigos míos, dice, porque yo soy nada menos que el *Elephas indicus*. Fíjense en mi tamaño. Soy el mayor mamífero terrestre de la Creación. Además, por si no hubiese bastante con mi tamaño para clasificarme entre las criaturas más prodigiosas, tengo la nariz soldada al labio superior y prolongada en una larga trompa.

Eso es lo que nos ha dicho el elefante con su grito (sigue explicando Augusto, lanzando ahora la mirada hacia las últimas filas del patio de butacas), pero les aseguro que esa enorme criatura no es la única en este circo que conoce su identidad. Ahí tienen también al camello asiático.

El payaso vuelve a extender el brazo hacia donde se supone que está el camello y un instante después los bramidos de ese animal sustituyen a los barritos del elefante.

Escuchen, escuchen también lo que nos dice ese camello. Augusto permanece durante un momento, expectante, y empieza por fin a sonreír con el aire del maestro que disculpa el silencio de un alumno voluntarioso, pero torpe. ¿Tampoco son capaces de entenderle? ¿No? Pues es muy fácil:

Yo soy el *Camellus bactrianus* (proclama) y tengo un par de hermosas jorobas y el estómago dividido en varios compartimientos. Conozco también cuáles son mis posibilidades de desplazamiento: durante cinco días puedo soportar marchas de ocho kilómetros por hora, con una carga de hasta doscientos kilos... ¡Ah, sí, amigos míos, les aseguro que esas criaturas no tienen el menor problema de identidad, se conocen a sí mismas perfectamente! Escuchen también los poderosos gritos de esa foca. Vive en una miserable piscina desportillada de tres por cuatro metros, pero se siente feliz porque jamás conoció el espléndido palacio de hielo en el que vivieron sus padres. Yo soy la Foca (está diciendo ahora), y eso significa tanto como decir que soy un carnívoro adaptado a la vida marina. Me chiflan las sardinas, tengo los miembros transformados en aletas y por esa razón mis movimientos en tierra son len-

tos y torpes... Pero ¿y el chimpancé? ¿Qué es lo que nos está contando ese pícaro? No puede decirse ciertamente que ese animal no tenga también un elevado concepto de sí mismo. Tengo los ojos en una posición anterior (dice), mi dentición es completa y el color de mi cara puede ir desde el rosa amarillento hasta el negro.

Augusto, recogido en sí mismo, con la barbilla clavada en el cuello, medita durante un buen rato. Los animales guardan ahora un silencio sepulcral y el payaso piensa que así son las cosas y que no hay que darles demasiadas vueltas. El narrador, sin embargo, le recrimina (es decir, se recrimina a sí mismo) por confundir la inteligencia con lo que no es más que puro instinto. Los animales, se dice, no sólo no se conocen a sí mismos, sino que se desconocen entre sí más aún de lo que se desconocen los hombres. Y en este preciso instante aparece Wifredo, el enano, con su pícara sonrisa de siempre. Se planta entre los dos hombres y les dice que no sabe exactamente de qué estaban hablando porque él no es de los que andan por ahí espionando a la gente, pero que no pudo por menos de escuchar las últimas palabras del narrador (al fin y al cabo, el narrador es el creador de todos los artistas de este circo y, en cierto modo, pertenece por un igual a todos

ellos) y que está de acuerdo en que los animales no sólo se desconocen a sí mismos, sino que se desconocen también entre sí.

Hace un par de días, por ejemplo (explica, alzándose sobre la punta de los pies), vi cómo daban de comer a la serpiente pitón. Le echaron un pollo vivo en la jaula y aquel infeliz plumífero, sin saber lo que se le venía encima, estuvo paseándose tranquilamente sobre el inmenso dorso del reptil, seducido tal vez por los dibujos de la piel. Del mismo modo, poco más o menos, suelen comportarse los pollos que cada semana Andrés arroja al recinto del cocodrilo. Yo he visto, también, cómo se pavoneaba un gallito de cresta insignificante sobre el morro acorazado de nuestro inmenso saurio. ¿Comprendéis lo que quiero deciros? Aquella avecilla se atrevió incluso a sacar el pecho y a lanzar un ridículo kikiriki un segundo antes de ser triturada por las mandíbulas del coloso. ¿Cómo puede sostenerse, pues, que esos pollos sean inteligentes? ¿Pueden acaso considerarse inteligentes aquellos que jamás desconfían del prójimo y que ni siquiera tienen miedo de los peores depredadores?

El enano, tras una pirueta (cada vez se hace más patente en el narrador su deseo de hacer actuar a sus personajes como si estuviesen en el escenario de un teatro, ante un

nutrido público de lectores), hace mutis por la puerta de la izquierda.

Los animales, que habían vuelto a alborotarse cuando oyeron que Wifredo les negaba la inteligencia, van tranquilizándose paulatinamente. El narrador atraviesa ahora un buen momento. Se le ocurren ideas brillantes y escribe febrilmente, temeroso de que esas ideas que en cierto modo le caen del cielo se esfumen antes de que consiga plasmarlas sobre el papel.

El payaso, por lo tanto, tiene que hablar ahora con rapidez, recitando su papel a la carrera, como un mal actor, porque también él teme perder sus recuerdos. Reconoce que la inteligencia es algo privativo de los hombres y dice asimismo, comiéndose las palabras, que Wifredo tiene razón al suponer que lo que mueve a los animales es el instinto. Añade, sin embargo, que lo que él quiso decir antes era que en ocasiones vemos actuar a los animales con tanta rapidez, determinación y economía de movimientos (a excepción, por supuesto, de los estúpidos pollos que sirven de comida al cocodrilo) que los hombres, comparados con ellos, parecen unos seres torpes y desvalidos.

¡Ah, sí, amigos míos!, exclama, dirigiéndose una vez más al público. Los animales no se plantean preguntas y eso les ahorra tiempo y problemas. Hace dos días, por ejemplo,

sorprendí a Nemesio dentro de una jaula vacía, agarrado con las dos manos a los barrotes. El pobre hombre chillaba y gesticulaba como un mono. ¿Qué hacía en aquella jaula, imitando el comportamiento de los chimpancés? Nemesio habrá cumplido ya los cuarenta, pero todavía no tiene una idea muy clara de cuáles puedan ser su identidad y sus posibilidades. Me lo quedé mirando fijamente y entonces se puso a llorar. ¿Quién soy yo, Augusto?, me preguntó. Yo procuré tranquilizarle y le dije que era Nemesio, el encargado de limpiar las jaulas, y que hacía ya un par de años que trabajaba con nosotros, pero que, a pesar de todo, era también un hombre, aunque sólo fuese porque las manos no le llegaban a las rodillas y andaba más o menos erguido. ¿Se dan cuenta ustedes del drama de ese infeliz, que, puesto a dudar, llega a dudar incluso de la eternidad de su propia alma?

Apenas Augusto acaba de hablar aparece Nemesio. No parece, ciertamente, un hombre feliz. Deja el cubo en el suelo y reconoce que el payaso tiene razón. Dice que incluso hoy, cuando ha cumplido ya los cuarenta, hay bastantes cosas que continúan sorprendiéndole, pero puntualiza que precisamente por eso se considera un hombre, y no sólo porque las manos no le lleguen a las rodillas. Luego añade que no es cierto que los pollos



sean estúpidos. Esos animalitos, en su opinión, son mucho más listos de lo que piensa el payaso. Él les conoce muy bien y habla con conocimiento de causa porque nació en una pequeña granja en las montañas y en su primera juventud se pasó muchas horas sentado delante de un gallinero.

De acuerdo, Nemesio (le propone el payaso), siéntate pues a mi lado y háblame de aquel gallinero. Dime, ¿es cierto que las gallinas cacarean orgullosamente apenas acaban de poner un huevo? ¿Es cierto que se establece en la pollada un orden de picoteo *que* que deben respetar todos los pollos?

Nemesio continúa de pie. Dice que, en efecto, todos los pollos deben respetar ese orden, si no quieren verse agredidos por los más fuertes, y añade luego que cuando un gallo se cruza con otro antes de que se haya establecido el orden de picoteo, para dejar las cosas muy claras, ahuecan las plumas del cuello y se yerguen todo lo alto que pueden. Es una invitación a pelear.

¿No crees (pregunta luego) que esa forma de solucionar los problemas que puedan presentarse en el gallinero revela en los gallos una notable inteligencia? ¿No se parecen en eso a los hombres?

Augusto reconoce que, en efecto, se parecen bastante. Mucho más de lo que desearían algunos, y Nemesio, recogiendo el cubo,

le explica que las gallinas disponen de varias clases de reclamo, más incluso que los gallos, porque al fin y al cabo son ellas las que crían a los pollitos. Dice también que se han llegado a contar en las gallinas hasta diecinueve voces distintas y que, en su opinión, semejante gama de recursos acústicos demuestra claramente que esas aves de corral son bastante más inteligentes de lo que se ha venido pensando hasta ahora.

Podría ser incluso (dice) que fuesen más inteligentes que algunos individuos que yo conozco, murmura finalmente, con acento convencido. Mueve varias veces la cabeza de un lado a otro, como si se sintiese cansado de andar siempre defendiendo el prestigio de las gallinas, y sale por la puerta de la izquierda. Augusto, apenas se queda solo, vuelve a encararse con el público.

En este circo, como pueden ustedes ver (dice), cada cual tiene su animal preferido. Ahora resulta que Nemesio es un adicto de los pollos. ¿Cuál tendrá que ser, pues, mi animal preferido? ¿Estaré obligado también yo a encontrar un animal totémico que me proteja y que, sobre todo, convenga a mis intereses?

\* \* \*

El narrador establece en el relato un largo silencio, roto sólo tenuemente por las dos

ancianas de la primera fila, que quitan parsimoniosamente la funda a dulcísimos caramelos de fresa. De improviso se escucha un pavoroso rugido y en un instante aparece Mauricio, el domador del oso, golpeándose sus botas de media caña con una larga fusta. El narrador repasa el primer folio y los dibujos que hizo previamente de todos sus personajes y no encuentra a Mauricio por ninguna parte. Considera, sin embargo, que es un personaje imprescindible y lo incluye en el elenco. Se lo imagina, pues, alto y fornido, de ojos saltones, enormes bigotes, largas patillas rizadas y ligero acento centroeuropeo, tal vez húngaro. Se acerca lentamente a Augusto y apoya la fusta sobre el hombro del payaso, como solían hacer los reyes con la espada para armar a sus caballeros.

¿Quién soy yo?, pregunta, como quien pide una contraseña. Es el mismo juego de siempre y Augusto sonríe con aire complacido. Tú eres Mauricio, responde. El rey de los domadores de osos. El único. El mejor.

Ni más ni menos, soy exactamente ése (suspira Mauricio, sentándose sobre el fardo vacío). Pero ahora cuéntame algo gracioso que pueda remontarme el ánimo. Hoy me he levantado con el pie izquierdo... Mira, si me cuentas algún chisme divertido y me devuelves el buen humor, yo te diré cuál puede ser ese animal emblemático que tanto necesitas.

Augusto se sorprende. No se atreve a preguntarle, sin embargo, cómo puede saber Mauricio cuál es el animal que él necesita. Busca una postura más cómoda y le pregunta en qué se parecen los hombres a los pollos o, si lo prefiere, en qué se parecen los pollos a los hombres. Mauricio se encoge de hombros y Augusto le explica que tanto entre los pollos como entre los hombres existe un orden de picoteo que debe respetarse escrupulosamente.

¡Eso está muy bien! (exclama Mauricio). Nunca había oído hablar de eso. ¿Un orden de picoteo, dices?

Ni más ni menos (responde el payaso) y te diré también que hay pollos contestatarios que se arriesgan a recibir el picotazo de los demás, pero que no por eso renuncian a su sueño de alcanzar el grano de maíz prohibido. ¿No te parece divertido?

El propio Augusto, antes de que Mauricio pueda hacer algún comentario, se responde a sí mismo diciendo que puede que lo que acaba de contar no tenga una gracia loca, pero que, según como se vean las cosas, no deja de resultar aleccionador. A primera vista (dice) los pollos y los hombres no se parecen mucho, pero con un poco de buena voluntad podemos encontrar entre ellos ciertos puntos comunes. Hace un momento, por ejemplo (sigue contando, mientras Mauricio

trata inútilmente de reprimir un bostezo), pasó por aquí Tancredo. Buscaba a Rosalía, su compañera (esa muchacha, creo yo, se eclipsa con demasiada frecuencia) y me dijo que no la encontraba por ninguna parte. Hubiera podido marcharse y continuar buscándola, pero quiso aprovechar la oportunidad para demostrarme que es más fuerte que yo y estuvo a punto de estrangularme. Luego salió cacareando por esa puerta... ¡Ah, sí! ¡Tancredo me hizo pensar, poco más o menos, en esos gallos que para seducir a la gallina escarban el suelo y extienden una de sus alas hasta rozar el suelo con las plumas!

Puede que tengas razón, le aconseja Mauricio, pero ten cuidado con Tancredo. Si se entera que le comparas con un gallo lo pasarás mal. En fin, ahora puedo decirte que tu historia no tiene mucha gracia. Me ha obligado, además, a pensar.

¿No vas a decirme, pues, cuál puede ser mi animal emblemático?, le pregunta Augusto. Mauricio, por fortuna, es un hombre magnánimo. A pesar de todo, está dispuesto a decirle al payaso cuál es el animal que necesita. Se trata, por supuesto, del oso. Es el animal que Augusto debe adoptar lo antes posible como emblema. Si no lo hace pronto, corre el riesgo de que le clasifiquen definitivamente entre los indocumentados. Augusto, sin embargo, se encoge de hombros.

El oso que Mauricio hace bailar no le parece un animal especialmente admirable. Le encuentra bastante deteriorado, tiene una mirada tristísima y ha perdido casi todo el pelo. ¿Cómo puede pensar alguien que sea precisamente ese el animal que él necesita?

Mauricio insiste. Reconoce que su oso ha perdido casi todo el pelo, pero dice que también lo perderán ellos, porque los años nos hacen perder casi todo, y el oso no es precisamente joven. La referencia que ha hecho Augusto a la mirada del plantígrado, sin embargo, merece una aclaración especial.

¿Cómo sería tu mirada (pregunta) si alguna vez hubieses sido rey y te vieses al cabo de los años en el más amargo de los exilios?

Explica a continuación que su oso fue en otros tiempos un rey poderoso que podía permitirse el lujo de renunciar a los inviernos para consagrarse exclusivamente a las primaveras. Cada primavera, por lo visto, regresaba al mundo para anunciar a los hombres el retorno de la vegetación y de la fertilidad.

Dime, Augusto (le pregunta por fin), ¿has conocido algún rey que pueda permitirse el lujo de pasarse todo el invierno durmiendo?

El payaso se encoge de hombros y piensa que esta mañana todos parecen haberse puesto de acuerdo para convencerle de que los animales de este circo descienden de re-



yes. ¿Cómo aceptar, sin embargo, que el león, el cocodrilo, el elefante y el oso hayan pertenecido alguna vez a la misma dinastía?

Mauricio sigue contándole que durante esos meses gélidos, mientras cae la nieve, los osos permanecen aletargados en lo más profundo de las cavernas, soñando en la próxima primavera.

Son animales que duermen mucho, es cierto (dice), y por eso se les consideró también símbolo de la luna, de las tinieblas de la noche y de la nigredo de los alquimistas, que es la negrura primordial de la materia.

¿Quién te enseñó todo eso?, le pregunta Augusto, admirado. Y se dice a continuación (completando en cierto modo su anterior reflexión a propósito de la estirpe real de los animales) que esta mañana toda la gente del circo se muestra también especialmente ilustrada y que para defender la primacía de sus respectivos animales hacen gala de una erudición insospechada. Marcus le habló de la reina Berenice, Teodoro hizo alusión a la túnica multicolor de José y Andrés le dio una definición impecable de lo que debe entenderse por concupiscencia. Mauricio le habla ahora de símbolos lunares y negruras primordiales.

¿Qué es, pues, lo que sucede? (se pregunta). ¿Cómo sabe ese bruto tantas cosas y cómo puedo yo entenderlas? ¿Las hubiera

entendido ayer? ¿Qué nueva sensibilidad se ha despertado en mí? ¿Es bueno que los hombres, de la noche a la mañana, abandonen su ignorancia y adviertan la triste situación en la que se encuentran?

De cualquier modo (dice luego, volviéndose hacia Mauricio) no puedo creer que tu oso haya sido alguna vez rey. Estoy convencido de que esa infeliz bestia nació en cautividad y no estuvo jamás en el bosque. Más aún: estoy seguro de que no ha vivido ni una sola primavera en libertad. Cualquiera podría leerlo en su mirada.

Mauricio no sabe qué decir. Lanza un suspiro, pero no replica, aceptando tácitamente la observación de Augusto y sale por la puerta de la izquierda. El payaso permanece en silencio y entre bastidores empiezan a gruñir algunas fieras, disponiéndose tal vez para estallar en nuevas algarabías. Augusto piensa que también él tendrá que adoptar un animal, uno que pueda elegir libremente, sin presiones, antes de que alguien pueda imponerle el suyo. ¿Existe sin embargo ese animal en este mundo? Más aún: ¿existió alguna vez?

Los largos chirridos del violín siguen descendiendo desde lo alto y los animales gruñen inquietos. Augusto recuerda ahora la curiosa historia del gallitigre que alguien le contó hace años: un cazador, Jonás, conoce

a un tigre de Bengala que, como el león de Matías, se llama también Fido. Entre Jonás y el feroz felino se establece una relación cordial. Ambos se admiran y reconocen recíprocamente sus virtudes. Llega un día en el que el cazador, reclamado por asuntos familiares, se ve obligado a viajar a la patria lejana. Durante diez años vive en la oscura ciudad gótica, a la sombra de la vieja catedral. Cuando regresa a la jungla, Fido ha envejecido. Como el león de Matías, ha perdido también todos los dientes. ¿Qué es lo que haces ahora?, le pregunta Jonás. Me he vuelto vegetariano (le responde Fido). Desde hace cuatro o cinco años me alimento exclusivamente a base de lechugas y espárragos. Jonás quiere hacerse el gracioso para romper la tensa emoción del reencuentro. ¿Y no te preocupa adelgazar?, le pregunta. Fido bosteza descaradamente. No le importa descubrir a todo el mundo que se quedó sin colmillos. Mañana es fiesta (observa, sin responder a la pregunta de Jonás). Me pasaré las horas de sol durmiendo a la sombra de las cañas de bambú. De vez en cuando abriré un ojo y veré cómo los niños, a lo lejos, juegan a la gallinita ciega. Jonás añora la fiera estampa de Fido cazando búfalos acuáticos y comprende que los diez años no han transcurrido en balde. Procura, sin embargo, dominar su nostalgia y con aire indife-

rente pregunta al tigre qué fiesta es la que se celebrará el día siguiente.

La Fiesta de la Gallina Clueca, responde Fido, sacudiendo la cabeza. Y Jonás, al oírle decir eso, frunce el entrecejo.

A ti te ocurre algo (le dice, mirándole fijamente a los ojos). Es la segunda vez en un instante que me hablas de gallinas. Fido, sabiéndose descubierto, lanza un breve resoplido y confiesa que le apasionan las gallinas y que hubiera dado un ojo de la cara por haber nacido gallo.

Dime, Jonás (le pregunta). ¿Has visto alguna vez algo más atractivo y frívolo que esos picos menudos e inquietos?

El cazador recuerda que hay pocos cerebros que lleguen a la vejez anatómicamente intactos. Tras escuchar la insólita confesión de Fido, piensa que lo mismo puede decirse de los tigres.

De acuerdo, dice, llevándole la corriente. Te gustan las gallinas. No estaría mal: los tigres enamorados de las gallinas y los gallos enamorados de las tigresas. El mundo regresará así a una nueva Edad de Oro. Fido, divertido, se echa a reír. Eso es, exclama, una nueva Edad de Oro, no hay por qué desesperar. Tigres y gallinas conseguiremos acoplarlos y llegará el día en el que los hombres conozcan a los gallitigres.

Jonás guarda silencio. Piensa que el sueño

de Fido, al fin y al cabo, es un sueño lícito. Abarca a su amigo con una vieja mirada y reconoce que ni siquiera su régimen de verduras y su extraño enamoramiento han conseguido arruinar del todo su vieja y legendaria amistad...

\* \* \*

Augusto no puede recordar ahora quién le contó esa historia, pero considera, como Jonás, que el sueño de Fido es lícito. Se lleva las manos a la cintura, se dobla hacia atrás y suspira. Piensa incluso que tal vez sea ese curioso gallitigre el único animal capaz de motivarle o, dicho de otro modo, el único animal por el que sería capaz de comprometerse.

¡Ah, sí, mis queridos amigos! (exclama, volviéndose súbitamente hacia el público y sobresaltando a las dos damas de la primera fila). ¿Pueden ustedes imaginarse a ese dulce y travieso animalito recorriendo la selva y cacareando como una gallina, pero sin renunciar por ello a los grandes bigotes que heredó de su padre? ¿Pueden ustedes imaginarse a ese emplumado símbolo de la ansia da fraternidad universal picoteando el maíz del corral?

Enmudece el violín, pero a lo lejos salta otra vez la risa estridente de la hiena imagi-

naria, a la que secundan inmediatamente con sus rugidos, gruñidos y barritos los demás animales. En medio de esa barahúnda aparece nuevamente Nemesis, cargado siempre con el cubo y la escoba. Abandona el cubo en el mismo lugar donde lo dejó antes y espera a que los animales se tranquilicen. Luego, cuando se hace el silencio, le dice al payaso que no le parece bien que se burle de las gallinas, porque todo el mundo sabe que por el momento no son posibles los ayuntamientos entre ellas y los tigres por mucha que sea la buena voluntad que ambas partes pongan en la operación.

Las gallinas (le dice también, permitiéndose incluso el lujo de hablar con cierto desdén) merecen ser tratadas con un poquito de respeto. ¿Te dije antes que encarnan el espíritu de la rebeldía?

Augusto sonríe (suponer ahora que las gallinas puedan ser rebeldes le parece realmente gracioso) y, para disimular, levanta la mirada a lo alto de la carpa. Se abre, pues, un largo paréntesis de silencio, rasgado únicamente por el constante rumor de la lluvia sobre la lona y por las dos espectadoras de la primera fila, que siguen desenvolviendo caramelos. Nemesis se sienta suspirando frente al payaso y le abarca con una mirada severa. Dice que escuchó la historia de Jonás y el tigre vegetariano mientras limpiaba la



jaula del oso (que queda muy cerca de donde están ahora) y repite lo que ya dijo al principio. Le parece de mal gusto que se bromea a propósito de las inocentes gallinas, pero sobre todo que se ironice también sobre algo tan sagrado como podría ser la amistad entre los tigres y las aves de corral en general... Puede que sea un sueño imposible (observa), pero ¿no piensas tú, amigo Augusto, que los sueños son ya el principio de un mundo mejor?

\* \* \*

El narrador, al releer lo escrito, advierte el gazapo. ¿Cómo pudo escuchar Nemesio la historia de Jonás y el tigre de Bengala, si Augusto se limitó a recordarla en silencio? Se muestra, sin embargo, indulgente consigo mismo y disculpa su descuido. Ni siquiera se toma la molestia de corregirlo. Hace barritar al elefante entre bastidores, y Nemesio, para compensar tal vez la historia de Jonás y el tigre vegetariano, empieza a contar la historia de una gallina rebelde que no se resignaba a pasarse la vida poniendo huevos.

Aquella gallina (dice) sintió la llamada de la maternidad y se convirtió en una clueca. Se escapó de la granja, puso sus huevos en el rastrojo, al abrigo de cualquier mirada indiscreta, y al cabo de los días nacieron los

polluelos. Dos semanas después, sin embargo, la feliz familia fue descubierta por los granjeros y el sueño de libertad de nuestra heroína acabó bruscamente. ¿Te das cuenta?

Augusto reconoce que la historia es triste y apunta la posibilidad de que los dueños de aquella gallina, para castigar sus pretensiones de libertad, se la comiesen a la pepitoria. Se queda luego en silencio y acaba aflorando a sus labios la tenue sonrisa que consiguió mantener oculta durante los últimos minutos. No acaba de tomarse en serio la historia de Nemesio. Le abarca con una mirada culpable, como pidiéndole disculpas anticipadas por lo que va a decir, y le confiesa que también a él le gustan las gallinas a la pepitoria.

No quisiera herir tu sensibilidad (sigue diciéndole, con el aire y el acento con que podría confesarse un vicio oculto), pero, por mucho que me esfuerce, jamás conseguiré imaginar una gallina enarbolando la bandera de la revolución.

¿Cómo puedes imaginar entonces, exclama Nemesio, sin poder ocultar su amargura, un ridículo gallitigre que ni siquiera existe?

Recoge el cubo, sacude la cabeza y sale por el mismo lugar por donde entró. Augusto empieza a liarse lentamente un cigarrillo y las dos damas de la primera fila, que padecen sendos enfisemas pulmonares, temen

que el payaso pueda ponerse a fumar en un local cerrado. A esas severas mujeres les sorprende también que Augusto, a fin de cuentas, coincida con tantos hombres en el pequeño vicio del tabaco y a partir de este momento empiezan a comprender que el payaso no es un ser tan angélico como supusieron en un principio y que muchas de las hermosas palabras que lleva pronunciadas puedan ser simples formulaciones teóricas desconectadas de la realidad y en las que ni siquiera él mismo cree.

Indiferente a los aspavientos de las mujeres, el payaso acaba de liar el cigarrillo y le prende fuego en el mismo instante en que por la derecha aparece Rosalía, la trapecionista, enfundada en su maillot azul celeste. La muchacha se acerca de puntillas y se detiene a un par de pasos de Augusto. Su expresión refleja toda la ingenua y gozosa perversidad de esas muchachas indiferentes a las desazones que sus encantos pueden provocar en los hombres normalmente constituidos. Digamos ya, sin embargo, que Rosalía no es, ni mucho menos, una mujer a la que se pueda llamar hermosa. Viéndola sólidamente apoyada en el suelo sobre unas piernas cortas y gruesas, cuesta trabajo imaginársela volando de un trapecio al otro.

Lo peor, sin embargo, es que tampoco parece una muchacha bondadosa. Sus ojitos

de cerdo, medio ocultos por los mofletes, chispean maliciosamente por debajo de unas cejas demasiado espesas. Avanza otro paso más y lanza en derredor una mirada atenta, como si estuviese buscando algo, o, mejor dicho, como si temiese encontrarse con alguien. Una vez convencida de que no va a tener ningún encuentro desagradable, se sienta frente a Augusto y, al sonreír, muestra una dentadura ciertamente hermosa, pero que, precisamente por lo perfecta, podría interpretarse también como un signo de primitivismo y crueldad.

Pregunta al payaso si ha visto a Tancredo, y Augusto, acariciándose la patilla, responde que sí, que hace un rato pasó por allí. Dice también que Tancredo andaba buscándola y que parecía bastante preocupado. ¿Qué te dijo?, sigue preguntándole Rosalía. Me contó, responde Augusto, que estabais ensayando un nuevo número, que diste un salto al cielo y que ya no volviste a caer. Yo le dije que a lo mejor te habías caído por un agujero y faltó poco para que me matase porque pensó que estaba tomándole el pelo.

Rosalía sacude varias veces la cabeza. Dice que Tancredo es un bruto. Esta vez, de todas formas, no va a permitir que le encuentre demasiado fácilmente. Piensa hacerle sufrir. ¿Y te dijo (sigue preguntando al payaso) que me esfumé después de dar un salto?

Augusto afirma con un breve movimiento de cabeza y Rosalía sonríe. Quiere dejar las cosas muy claras: estaban ensayando un nuevo número y ella dio un salto, eso es cierto, pero, como era de esperar, volvió a caer al cabo de un instante, porque no hay nadie que pueda mantenerse indefinidamente suspendido en el cielo. Lo que pasó (sigue explicándole) fue que Tancredo, que estaba enfadado por un quítame allá esas pajas, no quiso recogerla luego en sus brazos, tal como estaba previsto, y que faltó poco para que se rompiese la cabeza.

Augusto continúa fumando lentamente, sin apartar la mirada del extremo del cigarrillo. Dice que Tancredo tiene un extraño complejo de destrucción, pero que no es el único y que hay otros hombres que parecen empeñados en matar lo que más aman.

¡Ah, no, no! (Rosalía suelta una carcajada). ¿Tú crees que ese cretino está realmente enamorado de mí? ¿Y si dijese que presume de estar enamorado sólo para sentirse más importante?

El payaso no sabe qué responder. Las posibilidades, en efecto, pueden ser muy diversas. Puede, por ejemplo, que Tancredo esté realmente enamorado de Rosalía. Puede, también, que no lo esté, pero que diga que lo está, tal como supone la muchacha, para sentirse más importante a través de un amor

desgraciado. Puede, también, que desee realmente encontrarla. Pero puede, asimismo, que prefiera no encontrarla nunca porque de ese modo tendría una excusa para pasarse la vida buscando algo que pudiese justificar su paso por este mundo. Rizando todavía más el rizo, cabe incluso la posibilidad de que Tancredo desee tanto no encontrar a Rosalía como Rosalía, a pesar de sus huidas y fingimientos, esté deseando ser encontrada.

Se dispone, finalmente, a decir algo (Rosalía continúa esperando una respuesta), pero se interrumpe al oír los gritos de Tancredo, que sigue buscando infatigablemente a su compañera entre jaulas y carromatos. Rosalía se lleva el índice a los labios, imponiéndole silencio, y sale de puntillas por la izquierda. En ese instante el payaso inicia otra de sus melancólicas sonrisas. Una vez más se siente fascinado por el loco ir y venir de los corazones de los demás. Los enamorados, en efecto, le han parecido siempre gente misteriosa. ¿Será cierto (se pregunta) que en el amor todo son milagros?

La pista se ilumina de pronto con el cárdeno resplandor de un relámpago e instantes después salta un trueno interminable que parece recorrer todas las notas de la escala musical. Empieza a llover con más fuerza, estalla otro trueno y los animales, asustados,



rugen a coro. Augusto levanta la mirada hacia la carpa, como si no se sintiese muy seguro de la resistencia de la lona. Los poderosos aullidos del tigre le hacen recordar la curiosa historia del gallitigre. ¿Dónde está, sin embargo, esa gallina intrépida que sea capaz de resistir la proximidad del tigre? Es inútil hacerse ilusiones, no se conocen gallinas de ese tipo. Esas aves de corral son especialmente estúpidas. Ahora mismo, en algún lejano corral, las gallinas se sentirán también despavoridas por la tormenta, pero todas sus protestas se reducirán a estúpidos cacareos. ¿Habrá alguien tan poco exigente consigo mismo y tan poco celoso de su dignidad que adopte como animal emblemático a una de esas ridículas aves?

Augusto sabe muy bien que jamás encontrará ese gallitigre prodigioso que podría simbolizar la armonía entre lo opuesto y lo contradictorio. Si quiere elegir un animal, se verá obligado a buscarlo entre los que ya existen. Tal vez un león. Quizás un oso o un camello. Tal vez un tigre. Tal vez una de esas panteras negras que encierran todo el misterio de una hermosa muchacha en celo.

Fidó, de cualquier forma, no acaba de convencerle. No podría convencerle aunque conservase todos los dientes. ¿Dónde se habrá escondido, por cierto, ese infeliz león? La última vez le encontraron husmeando en-

tre los cubos de basura y se dejó conducir como un cordero hasta la jaula. Es cierto que la vejez nos convierte en seres acomodaticios y resignados y que las abejas, al envejecer, ya no producen miel, pero también es cierto que ni siquiera los años consiguen que los caballos dejen de relinchar. ¿Podría, pues, adoptarse como emblema un animal tan devaluado como Fido?

\* \* \*

El narrador establece una nueva pausa y relee lo último que ha escrito. Sucede que algunas veces escribe respondiendo a oscuras voces arquetípicas, y que ni siquiera él mismo, que es, al fin y al cabo, quien empuña la pluma, tiene conciencia exacta de lo que ha querido decir. Son momentos de ensoñación onírica de los que despierta muy pronto, con el aire sorprendido de quienes se descubren inesperadamente en un lugar que desconocen.

En esta ocasión, sin embargo, descifrar sus propios sentimientos (que se corresponden perfectamente, como es lógico, con los sentimientos de Augusto) no le supone grandes problemas. Relee una vez más lo escrito y llega a la conclusión de que el payaso, al hablar de la devaluación de Fido, quiso decir que no todos los leones, por definición,

merecen ser considerados símbolos del valor y de la fortaleza.

No me sorprendería incluso (se dice luego, hablando otra vez por labios de Augusto) que Marcus tuviese su parte de razón cuando dijo que los leones son animales pusilánimes que se asustan de un gallo blanco... En fin, descartado el león, ¿con qué animal podría quedarme? ¿Con el elefante? No, desde luego, tampoco es el elefante. Ni siquiera Marcus podría convencerme de que su elefante es precisamente el mejor, el más poderoso, el rey de todos los animales. Al fin y al cabo, si los leones se asustan de los gallos blancos, también los elefantes tienen miedo de los ratoncillos e incluso de las hormigas, que son aún más pequeñas que los ratones... ¡Ah, no, no! El único elefante que me inspira cierta ternura es aquel que el glorioso Harun-al Raschid, el califa de *Las mil y una noches*, regaló al no menos glorioso Carlomagno, emperador de Occidente...

Augusto salta del fardo y empieza a caminar por el borde del círculo iluminado. Por detrás del estruendo del aguacero y del estampido de los truenos, vuelve a escucharse débilmente el violín del vecino.

Traten ahora de imaginarse (dice Augusto, deteniéndose y volviendo la mirada hacia las dos damas enlutadas, que siguen desenvolviendo caramelos) lo mal que debió pasarlo

aquel elefante desterrado al descubrirse una mañana entre las gélidas brumas centroeuropeas, añorando tal vez las verdes orillas del Ganges. Imagínense ustedes la escena: mientras el infeliz animal barrita, implorando el auxilio de algún poderoso maharajá para que le libre del destierro, una pareja de cuervos impíos se burlan de sus protestas desde lo alto de una vieja catedral esculpida en piedra negra. Esos pájaros malignos, señoras mías, graznan posados sobre gárgolas que jamás han oído hablar del pavo real y del loto... Sí, sí, ese infeliz elefante exiliado es el único representante de su especie que me inspira cierta ternura. Su destino, en efecto, fue muy triste...

Las damas le han escuchado con el corazón encogido. Se sienten emocionadas, no por la historia del elefante en el exilio, sino por el color de cada una de las palabras utilizadas y, sobre todo, por el acento emocionado con que las ha pronunciado el payaso. Esas dos viejas vírgenes no creyeron jamás en los hombres, desde niñas las enseñaron a desconfiar de las grandes palabras de los machos en celo, pero desde hace algunos minutos (superada la sorpresa inicial que les produjo el verle encender un cigarrillo) se sienten seducidas por el candor y la sencillez de Augusto. Empiezan incluso a sospechar que tal vez se hayan pasado toda la vida su-

midas en el error. Y así, mientras ellas reflexionan profundamente, el payaso se mantiene en silencio, con la mirada puesta en el patio de butacas, como dando tiempo al público para que le formule alguna observación a propósito de sus últimas palabras. Al comprobar que nadie se atreve a despegar los labios —el narrador no lo permite para no enredar excesivamente la historia—, vuelve a sentarse sobre el fardo.

Decidido (dice entonces), ni el león ni el elefante figurarán en mi escudo de armas. No ondearán tampoco en mis banderas y estandartes. Pero encontraré otros, lo importante es no desfallecer y continuar buscando.

El narrador decide ahora que en el patio de butacas (que, poco a poco, se configura como una realidad indiscutible) se levante una tosecita discreta que suena como una pregunta e incluso como una suave protesta. Augusto, desde el fardo, busca el lugar donde se alzó la tos.

Sí, ya lo sé, dice, no es necesario que me lo recuerden. Comprendo muy bien que algunos de ustedes no acaben de entender por qué me preocupo tanto por encontrar ese animal. Puede incluso que ese misterioso espectador de la tosecita piense que los hombres de mi categoría no necesitan escudos de armas, estandartes y animales emblemá-

ticos, y que nos basta con seguir las banderas de los demás. No quisiera entrar en polémica con ese señor (por su forma de toser, pienso, en efecto, que se trata de un caballero distinguido, perteneciente tal vez a una de las familias más relevantes del país), pero sí quisiera decirle que en estos tiempos, cuando la luna ha dejado ya de ser inalcanzable, es conveniente que todos los hombres encuentren su propia definición y tengan conciencia de su propia importancia.

El violín del vecino deja bruscamente de sonar (acaba con un doloroso chirrido) y algunos espectadores mal pensados (sin saber que el violín estaba sonando en otra dimensión, muy lejos del circo) sospechan que algún tramoyista, harto de tanta melopea, se acercó al violinista por la espalda y le propinó una patada en salva sea la parte. Estalla un nuevo trueno y el payaso vuelve a levantar la mirada hacia lo alto. En ese preciso instante aparece Nicolás, el director del circo, cerrando un enorme paraguas rojo y aureolado por el humo de su enorme cigarro puro.

Llueve demasiado, no hay duda (dice, sin quitarse el puro de la boca). Hacía mucho tiempo que no veía llover de este modo. El río baja ya bastante crecido. Si esta noche continúa lloviendo, nos quedaremos sin público.



Cruza rápidamente el escenario, como reclamado con urgencia por algún asunto muy importante, y sale por la puerta de la derecha sin dirigir ni una sola mirada al payaso, quien, sin embargo, ha seguido al recién llegado con la suya. Apenas vuelve a quedarse solo, Augusto se vuelve hacia su público de lectores y mueve varias veces la cabeza.

No es difícil (dice) adivinar quién es ese individuo. ¿Lo han descubierto ustedes?

Una de las damas de la primera fila (tal vez la más gruesa y la más hábil en quitar el envoltorio a los caramelos de fresa) está a punto de levantar la mano, como solía hacer cincuenta años atrás en la escuela, cada vez que el maestro preguntaba algo en voz alta. Tampoco en esta ocasión, sin embargo, se lo permite el narrador, que tiene decidido que los lectores-espectadores no intervengan más de la cuenta.

En efecto, dice Augusto, corroborando una respuesta que nadie llegó a darle. Es el propietario y director de este circo. ¿Y saben ustedes cuál es el animal que mejor se corresponde con ese individuo? ¿No? Pues es el zorro. Precisamente el zorro, o la raposa, como prefieren decir algunos, que es el signo de la truhanería y de la astucia. Algunas veces, para conseguir lo que desean, los zorros fingen estar muertos hasta que tienen a sus presas prácticamente entre los dientes.

¡Oh, no, no! ¡A mí jamás se me ocurriría hacer algo semejante, a mí jamás se me ocurriría fingirme muerto para conseguir lo que deseo...!

Se escucha un nuevo trueno y las dos mujeres de la primera fila, por primera vez, se sienten preocupadas por la lluvia. Esas damas, que no son demasiado inteligentes, empiezan ya a confundir la realidad con la fantasía y se están haciendo un lío. Llueve sobre el circo (se dicen), y llueve también sobre la misteriosa ciudad en la que vive el narrador, eso es evidente. Pero ¿y si estuviese también lloviendo a mares sobre nuestra propia ciudad? ¿Y si esos truenos fuesen reales? ¿Y si ahora mismo, mientras nosotras estamos aquí tan tranquilas, se nos estuviese mojando la ropa que esta misma mañana pusimos a secar?

Podría ser, sin embargo (suspira el payaso, recuperando el hilo de su discurso), que ni siquiera tuviese necesidad de fingirme muerto para que los demás dejaran de temerme. ¿Pueden acaso los muertos fingir que están muertos? En fin, hablando en serio y volviendo a lo que realmente me preocupa: ¿cuál puede ser mi animal totémico? ¿Hay alguno de ustedes que lo sepa?

Silencio. Las dos mujeres de la primera fila, en las que se resumen ahora todos los espectadores-lectores del patio de butacas,

se encogen en sus respectivos asientos. Ellas, por supuesto, no lo saben. No han entendido nunca de hombres y jamás se preocuparon por sus necesidades.

Lo diré de otro modo (prosigue el payaso, que parece cada vez más convencido de que acabará encontrando entre el público el consejo que necesita). ¿Con qué animal me quedo? He descartado al león y he descartado también al elefante, pero las opciones son mucho más numerosas. Todavía no hemos tenido en cuenta, por ejemplo, al camello y a la foca. Tampoco les he hablado del tigre, que es, sin duda, otro de los grandes protagonistas de este circo...

Se interrumpe y descubre en la penumbra los ojos de las ancianas damas enlutadas, que fosforecen de emoción.

¿Sabían ustedes (les pregunta, inclinándose hacia las dos mujeres) que con los bigotes del tigre pueden prepararse pócimas mortales? ¿No? De cualquier modo, eso a mí no me importa. De poco me servirían los pelos de ese bigote porque jamás reuniría valor suficiente para envenenar a mi peor enemigo. Pero los tigres tienen además otras virtudes que podría tener en cuenta: son capaces, por ejemplo, de saltar a través de un arco en llamas. Es una pena que sus garras estén siempre a punto y que se le considere un animal especialmente cruel. Tampoco el ti-

gre, por lo tanto, es el animal que busco. Pasemos pues al camello. ¿Qué es, sobre todo, lo que distingue a los camellos? La joroba y el estómago. Los camellos tienen el estómago dividido en cuatro partes y una de ellas, la panza, está provista de unas células especiales capaces de almacenar hasta nueve litros de agua.

¿Quién es, sin embargo (pregunta Mauricio, apareciendo inesperadamente por la derecha), el que con este tiempo necesita almacenar nueve litros de agua? ¿Quién necesita más agua? ¿Habías visto alguna vez llover con tanta rabia?

Augusto sacude lentamente la cabeza, y responde diciéndole que tal vez se esté preparando un nuevo Diluvio Universal. Dice también que hace años estuvo lloviendo sin parar cuarenta días y cuarenta noches y que en aquella ocasión el mundo se anegó, pero que el que emergió luego no fue mucho mejor que el que se había inundado.

Tal vez hubiésemos podido ahorrarnos aquel gran Diluvio, susurra.

No te preocupes (le dice Mauricio), porque como siga lloviendo de este modo el mundo volverá a inundarse. Tendremos entonces una segunda oportunidad de mejorar las cosas. En fin, lo cierto es que fue una imprudencia acampar tan cerca del río, que baja ya muy crecido. Tal vez haya llegado el

tiempo de volver a construir una nueva Arca de Noé.

Augusto sonríe con aire misterioso y da la impresión de que en el fondo no le desagradaba la posibilidad de una inundación general. Un nuevo Diluvio plantearía a la Humanidad un problema parecido al que él tiene pendiente de resolver. Los hombres se verían obligados a elegir unas cuantas parejas de animales para asegurar la continuidad de las especies. Otra vez, pues, el gravísimo compromiso de elegir entre animales puros e impuros. ¿Cómo distinguir, sin embargo, los unos de los otros? ¿Cuáles son, en estos tiempos que corren, los animales que merecen ser ofrendados en sacrificio? ¿Sirven hoy los mismos criterios que se siguieron en tiempos de Noé? ¿Rige, en definitiva, la moral de antaño?

\* \* \*

Disminuye la tensión eléctrica y el circo queda casi a oscuras. Estalla otro fortísimo trueno y Mauricio, que acababa de sentarse frente al payaso, salta como disparado por un resorte hacia la salida de la izquierda.

¡Diablo! ¡Ése ha caído cerca! (exclama). ¡Ah, sí! ¡Fue una imprudencia acampar tan cerca del río! ¡Quien tuvo esa idea no sabía

seguramente que mi osito no aprendió jamás a nadar!

En la salida tropieza con Nemesis, cargado como siempre con el cubo y la escoba. Entra pues el mozo de la limpieza, se sienta en el lugar que acaba de dejar libre Mauricio y abarca al payaso con una brillante mirada. Augusto (eso es lo que dice ahora) le parece un hombre admirable. Lo viene pensando desde hace bastante tiempo, pero considera que ya es hora de que el payaso lo sepa. Al bueno de Augusto (sigue diciendo) se le puede encontrar en cualquier momento en el sitio de siempre, atrincherado en sus posiciones, inasequible al desaliento, lo que significa tanto como decir fiel a su ideario y a sus convicciones tradicionales.

Lo que quiero decirte (prosigue) es que mientras la gente corre asustada de un lado a otro, sin saber dónde esconderse, tú permaneces inmutable, igual que una montaña. Algunas veces he llegado incluso a pensar que no te preocupan las mismas cosas que nos preocupan a los demás.

Augusto sonríe y niega con la cabeza, como quitándose cualquier mérito. No sabe qué decir. A lo lejos, entre el fragor de la lluvia y el viento, se oyen de vez en cuando los gritos de Tancredo, que continúa buscando a Rosalía.

La verdad es que tampoco a mí me preo-



cupa mucho morir ahogado (sigue diciendo Nemesio). No lo sé, puede que no nos fuese mal un buen baño. Lo que sí puedo asegurarte es que no pienso molestarme en continuar barriendo. No vale la pena. He llegado a la conclusión de que, por mucho que lo limpie, el mundo continuará sucio.

Lanza una mirada resignada al cubo que dejó a sus pies, pero inmediatamente la levanta a lo alto de la carpa. Confiesa que desde hace ya bastante tiempo se viene formulando una pregunta que, de buenas a primeras, podría parecer estúpida a más de cuatro, pero que, hasta hoy, nadie ha conseguido responder adecuadamente. ¿Por qué será, amigo Augusto (pregunta), que llueve siempre hacia abajo?

Lo leí hace tiempo en alguna parte (responde el payaso, con el aire de quienes recitan una lección bien aprendida). Llueve hacia abajo para que nos mojemos nosotros, que somos precisamente los que estamos abajo. Parece ser que no hay otra razón.

Nemesio se refiere vagamente a la fuerza de la gravedad y Augusto, siguiendo la broma, dice que la gravedad es un invento para justificar lo injustificable, y que lo que pasa es que si lloviese al revés se mojarían ellos, los que están arriba.

El narrador se avergüenza ahora de haber recurrido a su vieja ocurrencia de siempre,

que ha utilizado tantas veces en otras aventuras literarias. En este momento, sin embargo, no puede recordar cuántas de esas aventuras cristalizaron en la imprenta y quiere pensar que su ocurrencia continúa siendo inédita. Pone, pues, en labios de Nemasio las preguntas de siempre:

¿Quiénes son los que están arriba? ¿Y quiénes los que están abajo?

No hay ninguna duda al respecto (responde inmediatamente Augusto). Ya te lo dije antes. Arriba están ellos, los otros, y abajo estamos nosotros.

Nemasio necesita que le expliquen las cosas con más claridad. Quiere saber quiénes son los otros y el payaso dice que eso no lo sabe, pero que de todas formas siempre cabe la posibilidad de que algún día lleguen a enterarse.

A lo lejos, más allá de la lluvia, siguen escuchándose los gritos de Tancredo, que no acepta que Rosalía le haya abandonado. No podemos verle, es cierto, pero nos lo podemos imaginar caminando incansablemente en círculo, con la mirada inyectada en sangre y formando una bocina con las manos. Nemasio sacude lentamente la cabeza y sonríe con aire misterioso. Lanza una mirada en derredor, para asegurarse de que nadie les está escuchando, y dice luego al payaso que hace un momento, mientras venía hacia

aquí, sorprendió a Rosalía haciendo manitas con Wifredo, el enano,

Esa muchacha no es demasiado exigente a la hora de elegir un hombre, susurra.

¿Quieres decir que Rosalía es infiel a Tancredo?, pregunta Augusto.

El payaso se muestra sorprendido, pero nadie puede saber si lo que le sorprende es la infidelidad de la trapecionista, considerada en sí misma, o el hecho de que, para ser infiel, haya elegido a un hombre tan diminuto como el enano.

Si quieres que te sea sincero (dice Nemesio), estaban dándose el pico. Y si me pidieses que entrase aún en más detalles, podría decirte también que Rosalía tenía al enano sentado sobre sus piernas. Por un momento pensé que estaba acunándole. ¡Ah, ese pobre Wifredo! ¿Qué deben pensar los enanos cuando están con una mujer? ¿Pensarán, tal vez, en las lejanas madres que un día les arrullaron?

Abarca el payaso con una mirada resignada, sacude varias veces la cabeza y se dirige hacia el mismo lugar por donde entró cinco minutos antes, es decir, hacia la puerta de la izquierda.

\* \* \*

Al narrador, inesperadamente, se le plantea una duda: ¿por qué puerta o salida debe

hacer mutis Nemesis? ¿Por la izquierda, tal como ha escrito en un primer momento? ¿Por la derecha? Temeroso de incurrir en uno de sus clásicos gazapos, relee los últimos folios que ha escrito y comprueba que, tal como pensaba, Nemesis debe salir por la puerta de la izquierda porque fue en esa puerta donde tropezó con Mauricio.

Este pasaje, sin embargo, tiene su intrín-  
gulis y el narrador, con los codos apoyados en la mesa y sujetándose la cabeza con las manos, se pregunta qué es lo que debe entenderse por derecha y qué por izquierda. Una vez más recurre al diccionario, pero la definición que encuentra no acaba de satisfacerle: derecha, dice el vetusto libro, es lo que cae, mira o está hacia la mano derecha. No aclara, sin embargo, qué es lo que debe entenderse por mano derecha. ¿Y si se hubiesen superado ya los maniqueísmos de antaño?, se pregunta luego. ¿Y si todos aquellos viejos conceptos de izquierda y derecha hubiesen quedado anticuados?

Augusto, mientras tanto, permanece en silencio, esperando que el narrador deje de divagar y regrese a la historia que está construyendo con tantos esfuerzos. No puede hacer otra cosa. Al fin y al cabo, conviene recordarlo una vez más, no tiene vida propia. Ni él, ni sus compañeros. Tampoco los animales del circo podrían rugir, bramar o ba-

rritar si el narrador no lo decidiese un momento antes. Ni siquiera esta tormenta, que ahora amenaza con anegarlo todo, sería posible si ese misterioso personaje (que permanece, no lo olvidemos, encerrado en una pequeña habitación interior, sentado frente a unas cuartillas, frente a la fotografía en blanco y negro de una hermosa mujer y bajo una bombilla de 120 watios) no hubiese considerado oportuno abrir las espitas del cielo.

Ese hombre, en efecto, es el creador, el artífice de todo lo que ocurre en este circo. Sería interesante, sin embargo, saber quién es, en última instancia, el que tira de los hilos que, a su vez, le mueven a él y que, a lo largo de toda su vida real, le han hecho amar, sufrir, esperar o desesperar. ¿Dónde se oculta, pues, ese narrador primigenio que, día tras día, va construyendo la única verdadera historia de los hombres?

\* \* \*

Estalla un trueno y el violín del vecino regresa tímidamente, abriéndose paso entre el estruendo del aguacero. El narrador se asoma brevemente a la ventana que da al patio interior y contempla la lluvia con una mirada incendiada. La tormenta va llegando a su momento álgido.

¿Y si yo fuese el nuevo Noé?, se pregunta.

Cierra otra vez la ventana, vuelve a sentarse ante la mesa de trabajo, bajo la bombilla sin pantalla y bajo la fotografía de la mujer, y recoge otra vez la pluma.

¿Y si yo fuese el nuevo Noé?, hace exclamar inmediatamente a Augusto, con el que cada vez se siente más identificado.

Un instante después, sin embargo, el narrador decide cortar de raíz las pretensiones del payaso. Es preferible, se dice, que Augusto conozca sus limitaciones. Y para obligarle a entrar en vereda hace aparecer nuevamente a Marcus, que ahora parece de muy mal talante. El domador del elefante avanza hacia Augusto, se detiene y le abarca con una mirada desdeñosa mientras se atusa las guías de su enorme bigote. Parece incluso como si hubiese recibido instrucciones secretas de humillar al payaso.

¿Quién piensa aquí que puede convertirse en un nuevo Noé? (exclama, hinchando el pecho). ¿Quién tiene semejantes pretensiones? ¿Tú? ¿Esperas, realmente, que todos nosotros muramos ahogados por este diluvio y ser tú el único superviviente? ¿Sabes realmente quién fue Noé?

Augusto responde diciéndole que Noé fue quien construyó el Arca. Dice también, ampliando esa primera respuesta (y sin que Marcus se lo haya preguntado) que una vez que la tuvo construida se metió dentro con



su familia y con una pareja de animales de casi todas las especies vivientes, y que así pudieron salvarse del Diluvio.

Cierto (admite Marcus, con una sonrisa helada). Noé entró en el Arca con su mujer y sus hijos, y las mujeres de sus hijos. Y con una pareja de animales de cada especie. ¿Te das cuenta? Dos de cada carne en que había espíritu de vida. Pero tú, Augusto, no tienes mujer. Tampoco tienes hijos. Ni siquiera tienes, como tenemos todos nosotros, un animal preferido. ¿Puede, pues, concebirse un Noé solitario?

Augusto reconoce que Marcus, en cierto modo, no deja de tener razón. Los solitarios no necesitan Arcas de Noé o cualquier otro artilugio para sobrevivir.

No, no, amigo mío (sigue diciéndole Marcus), el Arca te resultaría demasiado grande, una vez dentro te sentirías más solo que nunca... Además, ¿crees realmente que eres el único hombre que se conserva justo y perfecto en medio de la injusticia y de la violencia de este mundo? ¿Tienes la pretensión de suponer que Dios te ha tomado bajo su protección?

Resulta evidente, tras escuchar las últimas palabras de Marcus (un hombre que hasta ayer apenas podía hilvanar con dificultad tres o cuatro ideas), que el narrador ha concedido también al domador del elefante una

forma de expresarse que no le corresponde. Marcus, en efecto, habla hoy con la brillantez y la agresividad de un fiscal, y el payaso, ante la mirada de halcón de su interlocutor, se avergüenza como nunca de su soledad. El Arca de Noé, en efecto, no se construyó para solitarios. Piensa, además, que aunque le concediesen la posibilidad de ser el único superviviente de un nuevo Diluvio, le importaría un rábano sobrevivir en un mundo donde el diálogo se habría hecho ya definitivamente imposible.

El narrador, sin embargo, no tiene suficiente. Quiere acabar definitivamente con todas las esperanzas de Augusto y para humillarle todavía más, aumenta la malignidad de Marcus. Se trata, como tal vez haya comprendido algún lector atento, de una curiosa necesidad de autopunición. El domador del elefante sigue atusándose las guías del bigote, como si se preparase para embestir con ellas a su interlocutor. Dice que prefiere que Augusto no se convierta en un nuevo Noé. ¿Por qué? Pues porque si se produjese ese milagro, su elefante iba a pasar moradas. Al payaso, eso es evidente, no le gustan demasiado los elefantes. Lo descubrió hace ya bastante tiempo, apenas empezó a trabajar en este circo.

Augusto insinúa una leve sonrisa. Reconoce que no es capaz de imaginarse a una de

esas enormes criaturas recogiendo flores en un cestillo de mimbre, pero que ello no significa que, llegado el caso, no les permitiese entrar en el Arca, porque los elefantes, aparte de ser pudorosos y castos, tienen otras importantes virtudes.

Dime qué virtudes son esas (le pide el domador). Puede que no las conozca.

Augusto repite lo que ya le dijo antes. En otros tiempos (hace ya muchos años y, además, en otros países) se creyó a pies juntillas que los elefantes podían hablar con las personas o, por lo menos, que eran capaces de pronunciar algunas palabras en portugués.

¿Precisamente en portugués?, masculla Marcus. ¿No en chino? ¿O en ruso? Por un momento parece como si fuese a sacudir un guantazo al payaso. Se conforma, sin embargo, con resoplar por la nariz y en situar su enorme puño a un palmo del rostro de Augusto. Si hablases sólo la mitad de lo que hablas, dirías únicamente la mitad de tonterías, masculla, clavándole entre ceja y ceja una mirada asesina. Lo que acaba de decirle, obviamente, significa tanto como si le hubiese llamado idiota. Luego, una vez pronunciada esa especie de sentencia, suelta una risa corta, que suena como un quejido, y se dirige hacia la puerta de la izquierda.

Todo ha quedado pues en su sitio. Marcus ha cumplido la misión que le había enco-

mendado el narrador y Augusto vuelve a tener plena conciencia de sus limitaciones. A lo lejos, entre el fragor de la lluvia, se eleva nuevamente el largo y penoso chirrido del violín, que no se oía desde hacía algunos minutos, y entre bastidores se escuchan otra vez las desesperadas llamadas de Tancredo. El payaso enciende un cigarrillo, estalla otro fortísimo trueno y los animales, cada vez más aterrorizados por la tormenta, protestan de nuevo a coro. Un momento después aparece Nicolás, el director del circo, con una pequeña libreta en la mano. No hay, ciertamente, ninguna razón especial para hacerle aparecer ahora. Se presenta en el escenario por la sencilla razón de que el narrador decidió que se presentase.

Tal vez haya llegado ya el momento de denunciar que a lo largo de esta narración los personajes han entrado y salido del escenario de una forma bastante caprichosa, es decir, sin ningún motivo especial que justificase sus entradas o sus salidas, no porque así lo exigiese el argumento de la historia.

¿Y quién podría scandalizarse por eso? (se pregunta el narrador, tratando de justificarse). ¿No es esto, al fin y al cabo, lo que viene ocurriendo en la vida real desde que el hombre es hombre? ¿Es que a nosotros no se nos obliga también a entrar o a salir de este mundo, contrariando nuestra voluntad

de estar en él y de permanecer o de hacer mutis?

Sea como fuere, el narrador decide que Nicolás se siente sobre el mismo fardo que, sucesivamente, va sirviendo de asiento a todos los que entran. Se ha sacado una pequeña libreta del bolsillo trasero del pantalón y empieza a comprobar ostensiblemente una serie de datos. No dedica la menor atención al payaso, se comporta como si estuviese solo. Mueve incluso los labios en silencio y asiente con breves movimientos de cabeza, corroborando de ese modo la exactitud de sus comprobaciones. Observándole atentamente, sin embargo, no resulta difícil llegar a la conclusión de que su actitud se corresponde a la perfección con la de quienes se saben observados en silencio por otras personas (en el caso de Nicolás, por el público-espectador y, sobre todo, por el propio payaso) y aprovechan la oportunidad para mostrar como quien no quiere todas sus virtudes y habilidades.

¿Cuáles pueden ser, sin embargo, las virtudes de Nicolás?

El narrador lo decide sobre la marcha: la principal virtud de Nicolás (se dice) será precisamente su constante preocupación por la buena marcha del circo y su espíritu de sacrificio puesto al servicio del bienestar de su gente. Mientras todos los demás oyen llo-

ver tranquilamente, él se preocupa por las consecuencias que ese inoportuno meteoro puede tener sobre el número de espectadores que esta tarde acudan al circo.

Vamos a ver (dice en voz alta, sin apartar la mirada de la libreta). Ahora son las once de la mañana y continúa lloviendo a mares. Yo diría incluso que cada vez llueve con más fuerza. Faltan todavía siete horas para que sean las seis de la tarde, que es la hora fijada para que dé comienzo la sesión de tarde. Siete horas son, exactamente, cuatro mil doscientos minutos. El problema, por lo tanto, se reduce a saber si durante los próximos cuatro mil doscientos minutos seguirá lloviendo como hasta ahora o si, por el contrario, amainará el temporal o dejará incluso de llover, de forma que la gente, aunque sea con paraguas, se atreva a salir de sus casas.

Mientras los demás piensan, pues, en sus animales preferidos (lo que, en cierto modo, significa tanto como pensar en sí mismos) y el payaso sueña con un animal hipotético fruto de un amor imposible, Nicolás se preocupa pensando en los ingresos del circo, que es tanto como preocuparse por el estómago e incluso por la felicidad de sus artistas. Y eso es precisamente lo que ahora trata de poner de manifiesto con sus exageradas cavilaciones. Antes de continuar con la narración, sin embargo, el narrador (que descon-



fía de sus habilidades aritméticas) comprueba la multiplicación que acaba de hacer en un ángulo de la cuartilla y advierte que ha puesto un cero de más: siete horas no son cuatro mil doscientos minutos, sino únicamente cuatrocientos veinte. No importa: pese a todo, es decir, aunque sólo sean cuatrocientos veinte minutos, la resolución de la incógnita no es nada fácil, porque en la elaboración de las previsiones de ese tipo, si realmente se desea hacer las cosas bien, deben introducirse factores de muy diversa naturaleza.

\* \* \*

El director del circo se refiere ahora a los factores que pueden ejercer una influencia negativa sobre el taquillaje. Los agrupa en dos grandes categorías: factores fijos y factores variables. Al oírle decir eso los espectadores que todavía permanecen en sus asientos enarcan las cejas, y se sorprenden también los lectores que, hundidos en el fondo de sus sillones, continúan leyendo esta historia. Son movimientos de sorpresa muy sutiles, apenas perceptibles, pero que no pasan inadvertidos a Nicolás, que continúa ignorando la presencia del payaso.

¿Se sorprenden ustedes? (les pregunta).  
¿Piensan acaso que me complico demasiado

la vida? ¿No saben ustedes, señores míos, que soy un empresario moderno y que, como tal, no puedo dejar nada al azar? En efecto, mis queridos amigos, y perdonen que me haya atrevido a darles el tratamiento de amigo: yo prefiero estudiar todas las opciones posibles y encontrar luego la traducción numérica de cada una de esas opciones. No me gusta que el toro me coja por sorpresa. Los factores invariables a los que acabo de referirme (invariables, por supuesto, sólo hasta cierto punto) son dos. Por una parte, el número de habitantes de esta pequeña capital de provincias. Por otra parte, el aforo de este circo. Según el último censo (recogido en el prestigioso Anuario Geopolítico de Karsfelstan), esta ciudad tenía a principios del año pasado treinta y siete mil cuatrocientos veintisiete habitantes. Pongamos, pues, que hoy, trescientos treinta y ocho días después, el censo se ha rebajado en cuatrocientos o quinientos habitantes, teniendo en cuenta que estas pequeñas ciudades dejadas de la mano de Dios y fuera de los intereses de las grandes multinacionales se ven perjudicadas por intensos procesos emigratorios que no pueden compensar con su crecimiento vegetativo, es decir, con el superávit del número de nacimientos sobre el de fallecimientos. Redondeando, pues, las cosas (porque tampoco se trata de hilar dema-

siado fino) pongamos que en esta ciudad viven hoy treinta y siete mil personas. El aforo de este circo es de mil personas. En fin, ¿qué significa todo esto? Pues significa (lo tengo apuntado aquí, en esta libreta) que la relación entre el número de espectadores potenciales a la función de esta tarde (que coincide, teóricamente, con los habitantes de esta ciudad) y el aforo del circo es de treinta y siete a uno. Dicho de otro modo: significa que para cada una de nuestras localidades del circo hay, de hecho, treinta y siete posibles espectadores. Me parece que no tiene vuelta de hoja.

El narrador, sin embargo, no está muy seguro de lo que acaba de decir Nicolás (dijimos hace un momento que ha desconfiado siempre de sus habilidades aritméticas) y, como ya hizo hace un momento con las horas y los minutos, prefiere repasar sus cálculos. No acaba de ver claro que la proporción entre el número de habitantes de la ciudad y el aforo del circo sea realmente de treinta y siete a uno y se decide por fin a llamar por teléfono a su amigo Baltasar, que es aparejador. Se lo pregunta directamente, sin circunloquios: Lo único que quiere saber es si la relación entre una ciudad de treinta y siete mil habitantes y un circo con un aforo para mil espectadores es de treinta y siete a uno. Baltasar se siente desconcertado y du-

rante los primeros momentos no sabe qué responder. Hace ya bastante tiempo que no ha visto al narrador (se conocieron hace dos mil años en la escuela) y le sorprende que, de entrada, es decir, sin hacerle ninguna de esas preguntas típicas que suelen hacerse los amigos, le haya preguntado algo tan estúpido. Sabe, de cualquier modo, que el narrador (desde que hace dos o tres años le dio por escribir), se ha convertido en un hombre taciturno que vive prácticamente encerrado en su casa. Se recupera, pues, de la sorpresa inicial y le dice que sí, que la relación entre una ciudad de treinta y siete mil habitantes y un circo con una capacidad para mil espectadores es, en efecto, de treinta y siete a uno.

\* \* \*

Nicolás recuerda que otras veces han actuado en ciudades que ofrecían aún menos posibilidades, es decir, en mercados que en un principio presentaban perspectivas menos favorables. Las cosas, de todas formas, son como son, no pueden cambiarse, y las previsiones deben realizarse de acuerdo con los parámetros correspondientes.

A pesar de todo, continúa sin apartar la mirada de la libreta. Veamos ahora cuáles son los factores variables, se dice. El primer factor variable, sin duda, es el meteorológi-

co. Lo más difícil de cuantificar es la influencia que una meteorología adversa puede ejercer sobre una masa determinada (en este caso, treinta y siete mil personas) de espectadores potenciales. Puede que esta tarde continúe lloviendo y que la gente no se anime a salir de casa. Puede también que deje de llover, pero que incluso en ese caso piensen que no vale la pena cruzar barrizales y charcos para acudir a presenciar un espectáculo circense que, al fin y al cabo, se presentó en la ciudad sin demasiada publicidad. Lo cierto es que cuando los del Ayuntamiento les obligaron a levantar el circo tan cerca del río, Nicolás ya hizo notar al funcionario que aquella ubicación podía resultar peligrosa. Entonces no había empezado a llover, pero las previsiones no eran optimistas. El parte meteorológico del periódico local señalaba un potente anticiclón que se acercaba por el Oeste, y una borrasca que llegaba precisamente por el otro lado. Adelantaba también que una depresión atlántica arrastraría masas de agua hacia la ciudad y que se corría el riesgo de sufrir inundaciones, bastante normales, por lo demás, a finales de cada invierno.

¡Ah, la primavera!, suspira de pronto el narrador, levantando la pluma del papel y fijando una mirada nostálgica en la muchacha de la fotografía. ¿Dónde estás ahora?

Permanece durante un par de minutos con la mirada fija en paisajes que sólo él puede ver, sin oír el estruendo de la lluvia que cae sobre la claraboya del patio. Sacude la cabeza, suspira y devuelve la voz a Nicolás. La pluma del narrador avanza cada vez con más velocidad y el director del circo, en consecuencia, se ve obligado a pensar con una rapidez creciente (tal vez, incluso, con mayor rapidez de la que conviene a un prudente hombre de empresa) y a no darse un momento de tregua en la exposición de sus ideas.

En este momento, por ejemplo, recuerda que cuando llegaron a esta ciudad no pudieron hacer otra cosa sino instalarse donde les señalaron los representantes municipales.

¿Qué otra cosa, en efecto, podía hacer yo, como director de este circo? (se lamenta ahora, con voz lastimera, aproximándose a las damas enlutadas de la primera fila). ¿Ordenar que la caravana, después de dos días y dos noches de recorrer los peores caminos de la región, continuase en marcha durante otros dos días? ¿Es que acaso podemos elegir y hacer siempre lo que más nos apetece?

Se interrumpe, dando tiempo a una respuesta de su público-lector, pero nadie abre la boca. Las ancianas de la primera fila empiezan a arrepentirse de haber entrado en este teatro o, lo que es igual, de haber com-



prado un libro en el que los personajes, hijos al fin y al cabo de un hombre que se siente excesivamente solo, se muestran tan desconcertados. Nicolás, sin embargo, advierte la malquerencia de las viejas y trata de ganarse sus simpatías.

Lo que no haré nunca (les dice, arrodillándose frente a ellas) será desertar y abandonar a esta pobre gente. No, no, jamás dejaré a estos infelices en la estacada. Hemos recorrido juntos muchos caminos y les aseguro que siento por todos ellos un profundo afecto. Les quiero, pienso yo, como debe de amar el viejo general a esos soldados supervivientes que jamás ganaron una batalla, pero que siempre supieron luchar sin perder la cara al enemigo.

Perfecto (exclama el narrador, satisfecho de lo último que ha escrito). Me parece que voy por buen camino.

No importa, pues (prosigue Nicolás, desentendiéndose ya de las dos espectadoras de la primera fila, pero sin dirigir aún ni una sola mirada al payaso), si esta tarde el diluvio nos obliga a suspender la función y no entra ni una sola moneda en nuestras arcas. Les aseguro que sabré hacer frente a mis responsabilidades y cumplir todos mis compromisos. Nadie, en este circo, se quedará sin cobrar lo que se le debe.

Sale con aire decidido, acompañado por

un largo trueno y los aullidos de los animales, que en cierto modo actúan a modo de coro griego.

Durante estos últimos minutos, como se habrá podido comprobar, el payaso estuvo en silencio, sin despegar los labios e incluso sin moverse. Poco más o menos, se mantuvo como le encontramos al iniciarse esta historia. Poco después de que Nicolás salga, sin embargo, recupera poco a poco el movimiento. Lanza una reposada mirada circular y se encoge de hombros. Se acerca luego a donde supone que está la línea de candilejas y se inclina hacia las dos damas enlutadas, que se sienten cada vez más incómodas.

Es curioso (dice), pero hace un instante me pareció que había alguien más aquí. Tuve la impresión de que no estaba solo... De vez en cuando sueño despierto y tengo pesadillas.

\* \* \*

Augusto se aleja hacia el fondo del escenario —ha captado a tiempo las vibraciones negativas de las dos mujeres— y vuelve a sentarse sobre el fardo. En ese preciso instante aparece Andrés cerrando un gran paraguas negro.

¡Uf! ¡Parece como si se hubiesen abierto todas las fuentes del cielo!

Deja el paraguas apoyado en alguna parte y se sienta frente al payaso. Dice al payaso que en su pueblo, cuando llueve, se limitan a dejarla caer. Se refiere, por supuesto, al agua. Son lo suficientemente inteligentes para comprender que no pueden hacer otra cosa. Estalla un nuevo trueno y arrecia la lluvia. En la dimensión del narrador continúa también lloviendo a mares y la vecina del piso de arriba se asoma a la ventana y se decide por fin a retirar la ropa que había puesto a secar la víspera. El hecho de que la lluvia sea común a los dos mundos, el real y el ficticio, debiera hacer comprender ya al público-lector (incluidas las dos ancianas de la primera fila) que las diferencias entre esos dos mundos no son tan grandes como pudiera pensarse.

En fin (sigue diciendo Andrés), lo cierto es que el río no tardará en desbordarse. Baja ya muy crecido y la corriente no cabe por el ojo del puente. A mí, sin embargo, no me preocupa el agua. Y menos aún a mi cocodrilo.

¿Por qué?, le pregunta Augusto.

Mi cocodrilo, amigo mío (Andrés habla ahora con el aire del vendedor que cree realmente en las virtudes del producto que está vendiendo), es como un gran acorazado capaz de mantenerse a flote y de navegar por las aguas más turbulentas. Si la situación empeora me montaré a horcajadas sobre su

lomo y nos marcharemos río abajo. Nos iremos con la música a otra parte. Si quieres, tú podrías venir con nosotros. Hay sitio también para ti.

Augusto no se fía de los cocodrilos. Tienen la mirada de vidrio. De cualquier modo, agradece el ofrecimiento de Andrés con una sonrisa y, una vez más, levanta la mirada a la carpa.

De improviso aparece Matías, el domador del león. Avanza hacia los dos hombres y empieza a pasear lentamente alrededor de ellos con la mirada puesta en el suelo y las manos en la espalda. Tanto Andrés como Augusto le observan en silencio, sorprendidos por la actitud preocupada del recién llegado. El payaso, por fin, se decide a preguntarle qué es lo que le ocurre y el domador le responde diciendo que no puede comprender la actitud de Fido, el león.

¿Ha vuelto por fin ese pícaro?, le pregunta Augusto.

En efecto, Matías dice que Fido regresó con la cabeza baja y que volvió a meterse en la jaula sin que nadie le obligase a hacerlo. Ahí está ahora, con el aire de no haber roto un plato en toda su vida.

¿Y es eso lo que no entiendes?, sigue preguntándole el payaso.

Matías, en esta ocasión, no responde. Se sienta entre Andrés y Augusto y sacude va-

rias veces la cabeza con aire apesadumbra-  
do. Ni el cuidador del cocodrilo ni el payaso,  
sin embargo, demuestran el menor interés  
por consolarle y todos permanecen en silen-  
cio. Es una suerte para Matías, sin embargo,  
que no le pregunten qué es lo que le preocu-  
pa porque tampoco él lo sabe. El narrador  
no se lo ha dicho.

¿Y cómo es que no se lo ha dicho?, se pre-  
guntarán ustedes.

Pues porque ni siquiera yo mismo lo sé,  
les respondería el narrador, si realmente  
alguien llegase a formularle esa pregunta.

¿Cómo es posible que usted no lo sepa?  
¿Acaso no es usted el único responsable de  
todo este enredo?

El narrador reconoce que tienen ustedes  
toda la razón del mundo. No sabe, sin em-  
bargo, cómo justificar su ignorancia. Tenien-  
do en cuenta los intereses generales de esta  
historia, pensó que le convenía un Matías  
preocupado por el comportamiento de su  
león, pero no llegó a concretar la idea.

¿Por qué no lo sé? (se pregunta ahora a sí  
mismo, mientras la lluvia cae por los canalo-  
nes del patio interior). ¿Por qué no di forma  
a esa idea antes de pasar adelante?

Busca una posición más cómoda en la bu-  
taca, entorna los ojos y trata de encontrar  
una respuesta. Se le ocurren, de entrada, dos  
explicaciones:

Primera. Que durante estos últimos minutos haya perdido parte de su confianza en la eficacia de su propia historia y, en consecuencia, meticulosidad, precisión y entusiasmo en su elaboración.

Segunda. Que, a su vez, y sin que él lo sepa, reciba las ideas de otro narrador más importante que él —ideas que él debe transmitir luego a sus personajes— y que, de vez en cuando, las reciba defectuosas, incompletas o semielaboradas.

Comprende, sin embargo, que no puede abandonar a Matías en la ridícula situación en la que se encuentra (lo peor que le puede suceder a un hombre es no saber justificar sus temores) y trata de encontrarle una explicación. Decide de pronto que a Fido están creciéndole otra vez los dientes y que es precisamente esa curiosa circunstancia la que preocupa a su domador. Los colmillos del león, en efecto, crecen milímetro a milímetro. Traslada la idea a Matías y el domador suspira aliviado.

Lo que sucede (explica inmediatamente a los otros, con el acento triunfal de los niños que de pronto recuerdan la lección) es que a Fido le están creciendo otra vez los dientes. Tal como os lo digo. Lo descubrí hace un momento, mientras bostezaba. Imaginad el problema que se le plantea ahora a ese pobre animal. ¿No os preocuparía acaso a vo-



sotros la posibilidad de regresar a la juventud con toda la amargura y todos los recelos de la madurez?

No es normal que a un viejo león vuelvan a crecerle otra vez los dientes. Puede que sea por culpa de la humedad de estos últimos días (aventura Augusto, cambiando una mirada de inteligencia con el cuidador del cocodrilo). Andrés, por su parte, se encoge de hombros como quitándole importancia al fenómeno. Lo más positivo, a su juicio, es que Matías podrá trabajar por fin con un león como Dios manda.

¿Quién puede ser el loco que prefiera trabajar con un león con dientes?, exclama Matías.

Le molesta que Andrés haya podido suponer semejante estupidez. El cuidador del cocodrilo se levanta y le dice que puede hacer lo que prefiera, porque haga lo que haga, a él le traerá sin cuidado. Te aseguro que yo tengo mis propias preocupaciones, masculla.

Sale por la puerta de la derecha y el elefante de Marcus, a punto de enloquecer por la larga sucesión de relámpagos y truenos, barrita desesperado. Gritos también desesperados de Tancredo, que no se ha resignado todavía a perder a Rosalía. Los otros animales, sin embargo, no dan ahora señales de vida. Permanecen silenciosos, como si estuviesen almacenando nuevas energías para

posteriores clamoreos. Matías y Augusto, sentados cada cual sobre su fardo, tampoco despegan los labios. Suena otra vez el violín —el narrador, en la soledad de su pequeño reducto, se solaza ahora pensando que en el momento más inesperado puede hacer que alguien propine otra patada en el trasero del violinista— y el elefante, por fin, se tranquiliza.

Así es (dice Matías, pensando todavía en las últimas palabras de Andrés), cada cual tiene sus propias preocupaciones, pero te juro, Augusto, que a partir de hoy ya no volveré a esforzarme por aparentar un valor que perdí hace años. Carezco de valor, amigo mío, porque carezco de moral e incluso de convicciones. ¡Sí, sí, ya sé que durante todos estos años conseguí engañar a todo el mundo, pero creo que ha llegado ya el momento de que se conozca la verdad! No me interesa un león que ha recuperado su poder, no me interesa un león con dientes.

¿Y qué piensas hacer con Fido?, le pregunta Augusto.

Matías dice que se lo venderá a Darío. Está dispuesto a dejárselo a precio de ganga. Yo me retiro, susurra. Y en ese instante aparece precisamente Darío, el domador del tigre. Tiene todo el aire de un hombre triunfador que confía plenamente en sus fuerzas.

¿He oído bien? (pregunta). ¿Estás dispuesto a venderme a Fido a buen precio?

Matías afirma con varios movimientos de cabeza. Pues no se hable más, trato hecho, te lo compro, te doy la mitad de la cuarta parte de lo que me pidas. Pero ¿por qué quieres deshacerte de Fido? ¿Se ha puesto enfermo?

Matías no trata de disimular la verdad. Explica francamente al domador del tigre que a Fido le han vuelto a crecer los dientes (concretamente los colmillos) y que, según como se mire, eso es peor que una enfermedad. No le parece decente que, a sus años, ese carcamal vuelva a disponer de colmillos. Semejante prodigio, en su opinión, atenta contra todas las leyes de la naturaleza.

¿Y le abandonas por eso? (Darío, a pesar de todo, desconfía.) ¿Sólo porque le han vuelto a crecer los dientes?

Ni más ni menos (interviene Augusto). Le abandona sólo por eso.

Darío vuelve hacia Matías una mirada de reproche y sacude lentamente la cabeza. Recrimina al domador del león no sólo por su cobardía, sino por el hecho de haberles estado engañando durante tres o cuatro años, haciéndose pasar por valiente. Él mismo hubiera jurado que Matías era un hombre que desdeñaba la vida.

En eso no te equivocas (dice Matías). Des-

deño la vida, pero me asusta la muerte. Una cosa no tiene que ver con la otra.

Darío, pese a todo, no se vuelve atrás. Continúa decidido a comprar a Fido. De ese modo podrá trabajar al mismo tiempo con un león y con un tigre. Tiene grandes ideas. Montará un número sensacional con esos dos grandes protagonistas. Les hará saltar por el mismo aro y puede incluso que les haga pelear a la vista del público.

Tal vez me decida a amañar el resultado de los combates (dice luego, en son de broma). Unas noches vencerá el león y otras noches el tigre. ¿No os parece una buena idea? Vamos, pues, Matías, no perdamos más tiempo y cerremos el trato. Vamos en busca de ese prodigioso león tuyo que ha tenido la suerte de recuperar la juventud. ¿No han dicho siempre que la juventud es como la hermosa mañana de la vida?

Salen Matías y Darío en el preciso instante en que un nuevo trueno hace enmudecer el violín y levanta, por enésima vez, el consabido coro de aullidos entre los animales.

Si en lugar de un tigre fuese una tigresa (observa Augusto, con la mirada puesta en el lugar por donde acaban de salir Darío y Matías), Darío podría ahora dársela por hembra a Fido. Los tigres y las leonas (o los leones y las tigresas) han hecho siempre muy buenas migas.

El narrador siente un pinchazo en el costado y se intranquiliza porque le parece que puede ser consecuencia de un corazón demasiado fatigado. La tormenta que él mismo ha desencadenado despierta además en lo más profundo de su conciencia un vago sentimiento de inquietud y, espoledado por el último rayo (que ha caído no demasiado lejos, tal vez en el campanario de la iglesia del barrio, dos travesías más abajo), piensa que ha llegado el momento de acabar esta historia. No es la primera vez, de cualquier modo, que después de estar cuatro o cinco horas escribiendo, le entran unas prisas locas por poner punto final a sus relatos en busca de otros argumentos que le parezcan más estimulantes.

Ha llegado pues el momento de forzar el ritmo de su historia. Decide, para empezar, que el elefante, después de su último tirón, se libere por fin de las cadenas y corra en busca de un paraguas. Sabe perfectamente que no hay ni una sola gotera en la carpa y que, aunque la hubiese, ningún elefante sentiría la necesidad de protegerse con un paraguas, pero piensa que, de ese modo (es decir, introduciendo inesperadamente en su relato un fragmento tan absurdo), puede dejar constancia de su heterodoxia narrativa y, de

paso (por deducción), de su propia rebeldía a las normas que trata de imponerle una sociedad que, al fin y al cabo, le negó siempre (eso es, por lo menos, lo que él piensa) el pan y la sal.

Sea como fuere, lo cierto es que el elefante, en su loca carrera, derriba a Marcus, que había tratado inútilmente de detenerle, y el narrador (que se siente cada vez más malvado) considera de pronto que ésa puede ser una excusa para acabar con la vida de un cretino que no se avergüenza de decir que en el corpachón de un elefante puede anidar el alma de un maharajá difunto.

No queda claro, sin embargo (ni siquiera para el propio narrador), si ha decidido matar a Marcus por creer en la existencia del alma o por suponer que el alma, como la viuela, puede transmitirse de un cuerpo a otro, sobre todo cuando uno de esos cuerpos es el de un elefante. Lo cierto es que Marcus queda despanzurrado en un charco de sangre y que el enorme elefante, sin conceder la menor importancia al incidente, sigue buscando desesperadamente un paraguas. Llega a la entrada del circo, se detiene y contempla con una mirada atónita la lluvia y la impetuosa corriente del río, que ha empezado ya a desbordarse. Nuestro elefante nació en cautividad, jamás estuvo en la selva, pero presiente que aquella feroz avenida de agua



embarrada que arrastra los primeros perros ahogados no tiene nada que ver con el gran río de aguas verdes con el que soñó tantas veces y en el que sus antepasados se bañaban apaciblemente. A pesar de todo, no quiere volver al interior de la carpa y se lanza calle abajo con la pretensión de escapar de la tormenta y de conocer, por primera vez, el sabor de la libertad.

\* \* \*

Más desastres. El narrador, con la mirada enfebrecida (puede que la electricidad de la tormenta le esté sacando de quicio), sigue maquinando nuevas calamidades: Matías y Darío descubren el cuerpo de Marcus, pero deciden no hacer ningún comentario al respecto. Se han puesto de acuerdo sin necesidad de intercambiar una sola palabra, les ha bastado con una simple mirada. Lo único que les interesa es formalizar de inmediato el contrato de compraventa de Fido. Pasan, pues, por encima del cadáver de Marcus sin hacer comentarios y siguen adelante. Darío, sobre todo, se muestra cada vez más entusiasmado con su idea de montar cuanto antes su gran número. Matías, por su parte, prefiere ignorar el accidente de Marcus. La muerte no existe cuando se la ignora, se

dice. Y se agarra con fuerza al brazo de Darío, que avanza canturreando y pensando en futuros aplausos.

Puede que la reacción de los domadores no sea lógica (el narrador lo admite humildemente), pero, de cualquier modo, la muerte llega también muy pronto para ellos. Ni Matías ni Darío, en efecto, advierten que la jaula de Alí, el tigre, está abierta. Una vez más, fue el enano —que continúa todavía en algún rincón oscuro, medio asfixiado entre los poderosos senos de Rosalía— quien hace diez o quince minutos, poco antes de caer en los brazos de la insaciable trapequista, des-  
corrió el cerrojo.

Alí se decide por fin a empujar la puerta con su gran cabeza de peluche, se abalanza sobre los dos hombres y no tarda más de un minuto en elevarlos a la categoría de misterios absolutos. Vuelve a meterse luego en la jaula y se tiende tranquilamente en un rincón, esperando acontecimientos.

El narrador, sin embargo, no tiene todavía suficiente, necesita más muertes. Su olfato es ahora tan fino que es capaz de percibir el olor a azufre que dejó el rayo que acaba de caer a más de doscientos metros de su pequeña buhardilla. Sigue empeñado en acabar su historia por la vía rápida y establece que mientras Alí bosteza en su jaula (meditando con aire filosófico sobre el papel de

malvado que le han asignado los hombres), el viejo camello de Lucas, que durante toda la mañana estuvo viendo llover, se decida también a morir, transido por la melancolía de los desiertos perdidos.

El camello se limita, por supuesto, a seguir las instrucciones del narrador. Vencido por el gris, aniquilado por tantas humedades, dobla las patas anteriores, como arrodillándose ante el gran misterio de la muerte, se tumba en el suelo y cierra los ojos para siempre. Lucas, a su lado, llora desconsoladamente. Hace un momento descubrió sin emocionarse los cuerpos destrozados de sus dos compañeros, pero ahora no puede reprimir las lágrimas. Se recrimina por no haber podido convencer a su viejo camello de que, a pesar de todo, valía la pena continuar viviendo. También él, sin embargo, se siente cansado de tanto cielo con faz de muerto y en este preciso instante decide huir hacia los lejanos paisajes sureños sobre los que le han dicho que se comen un cielo tan claro como el ojo de un pájaro. Hará, justamente, lo que su camello no pudo hacer. No tiene brújula, pero su corazón le mostrará cuál es el camino a seguir.

No pierde pues el tiempo en más averiguaciones. Se echa por encima de la cabeza un plástico, lanza una mirada de despedida al viejo jorobado muerto y sale del circo, en-

frentándose heroicamente con la tormenta. Es una forma irracional de hacer mutis, hubiera sido más lógico esperar a que acabase de llover, pero el narrador, sentado junto a un teléfono que hace años dejó de sonar y cada vez más trastornado por el azufre de la tempestad, continúa decidido a terminar lo antes posible esta historia. Viéndole ahora escribir con el ceño fruncido, las mandíbulas apretadas y la boca entreabierta (en cierto modo parece como si durante estos últimos minutos le faltase aire para respirar), algunos podrían incluso sospechar que quiere castigar a todos sus personajes y que, aunque no venga a cuento, les obliga a moverse por paisajes desolados.

Ahora son Teodoro y Ágata, la pantera negra, quienes, aterrorizados, aguardan su turno. Lo más probable es que les condenen por sus amores ilícitos. El arrogante domador ha preparado incluso un pliego de descargos y piensa decirle al narrador, si la sentencia es condenatoria, que no le parece justo que se le castigue por haber amado a un animal que tiene una voz dulce y perfumada y que, aunque muchos piensen lo contrario, se ha distinguido siempre por su mansedumbre.

—Sepa usted, señor mío —alegará—, que las panteras aman a todos los animales de la selva, excepto al dragón, y que nadie ha po-

dido todavía probar que se sirvan del perfume que exhalan por la boca para atraer a sus víctimas, especialmente a los monos.

Y, en el caso de que todos esos argumentos no basten para librarles de una sentencia condenatoria, tiene pensado presentar otras pruebas que demostrarán cumplidamente la capacidad amorosa de Ágata en particular y de todas las panteras negras en general. Está incluso dispuesto a hablar al narrador de las mágicas noches de amor que vivió con Ágata en lo más profundo de la selva, rodeados de guirnaldas multicolores y ante la mirada atónita de los monos. Después de eso, si el narrador, con el corazón blindado de rencor, acusa todavía a la pantera de no ser capaz de amar al dragón, Teodoro tiene pensado echarse a reír a mandíbula batiente.

¿Y quién es, señor mío (le preguntará, señalándole con el índice), capaz de amar a un dragón? ¿Quién puede presumir de ser tan generoso? ¿Quién tiene el corazón lo suficientemente grande? ¿Usted? ¿Va a decirme usted que en su corazón hay también sitio para amar a un engendro que es el símbolo del mal, que arroja llamas por la boca y que, por si todo eso fuese poco, tiene el pene en forma de flor de lis?

A estas alturas nos parece innecesario recordar que no hubiese sido en realidad Teodoro quien formulase todas esas preguntas

al narrador. El narrador, por supuesto, se las hubiera hecho a sí mismo a través de su personaje, en una especie de examen de conciencia indirecto. No obstante, sin necesidad de entrar en ese juego de introspecciones, en estos momentos no puede por menos de reconocer que él, a lo largo de su vida, jamás fue capaz de amar y de comprender algo que estuviese situado un poco más allá de sus límites y que le exigiese, por ello, el más mínimo esfuerzo de comprensión.

Cuando llega el momento de juzgar a Teodoro y a su pantera, por lo tanto, se muestra especialmente cruel. Permite que los dos desvergonzados amantes continúen vivos, pero les condena a profesarse recíprocamente un amor desesperado que jamás podrá consumarse.

Perfecto (exclama luego, sacando a Teodoro y a su pantera de este mundo y ubicándolos en una dimensión inaccesible). Ése es el castigo que merecen quienes se atreven a fri-  
volizar con el amor.

Y al hacerse esa reflexión trata de hacernos creer, en el colmo de la hipocresía, que lo que antes escribió sobre la zoofilia de Teodoro no fue en realidad invención suya, es decir, fruto de sus delirios nocturnos, sino consecuencia exclusiva de la psicopatía de su personaje. De ese modo el muy pícaro pretende eximirse de sus responsabilidades



y castigar en la efígie de Teodoro su propio pecado de intención, concebido tal vez en alguna cálida noche de verano.

\* \* \*

El payaso barrunta que ha ocurrido algo grave entre bastidores (a pesar del aguacero y de los truenos, le ha parecido oír algún que otro grito desgarrador, proferido a modo de adiós definitivo), pero no puede sospechar todavía la magnitud de la tragedia. Se escuchan otra vez las llamadas de Tancredo, cada vez más desesperanzadas, y de improviso, tras un largo paréntesis de silencio, se elevan las voces del enano y de Rosalía pidiendo clemencia. Un momento más tarde suenan dos detonaciones espaciadas entre sí por algunos segundos. Augusto se lleva las manos a la cabeza y tiene ya la seguridad de que a su alrededor ha ocurrido algo grave.

¿Qué es lo que sucede? (se pregunta). ¿Qué es lo que me angustia? ¿Tienen nombre mis temores? ¿Por qué no soy ya el payaso feliz de hace apenas una hora? ¿Ha sido preciso que empezase a llover para que advirtiese que no soy tan dichoso como pensaba al principio de esta historia?

El narrador ha insuflado pues en el paya-

so la grandilocuencia de los viejos actores trágicos. Es, a su juicio, el tono que más le conviene en estos momentos. Suena otra vez el violín y la luz del escenario se debilita gradualmente. Augusto, buscando las secretas razones de su tristeza, se plantea de nuevo la necesidad de encontrar cuanto antes un animal emblemático que pueda definir sus sueños más queridos y dar sentido a su vida.

¿Existe realmente ese animal?, se pregunta.

Continúa meditando mientras en el mundo real el vecino violinista, irritado por su torpeza con el arco, abandona definitivamente el violín, pone en marcha el televisor y se sienta frente a la pequeña pantalla. Se acabaron los violines, piensa. A primera vista, su decisión de abandonarse a los mensajes multicolores de la televisión equivale a una especie de rendición incondicional, pero lo cierto es que su mirada va mucho más allá de las imágenes que, de algún modo, tratan de empujarle por caminos que le son ajenos. Podría decirse, pues, que su mirada atraviesa las imágenes del televisor sin contaminarse. Hundido en el sillón (y sin poder sospechar que el simple hecho de ser vecino del narrador le ha convertido en un personaje más de esta historia), se pone un cigarrillo entre los labios, pero no llega a encenderlo y acaba quedándose dormido.

¿Existe realmente ese animal?, vuelve a preguntarse Augusto.

El narrador, que tampoco ha encontrado todavía su animal totémico, piensa ahora en la tortuga. Se queda mirando con fijeza la cuartilla sobre la que está escribiendo y puede imaginarse al payaso sentado sobre el fardo, entre línea y línea, esperando todavía alguna respuesta válida. Carraspea para aclararse la voz y explica a Augusto que tal vez sea la tortuga el animal que más les convenga. Le cuenta también, echando a volar la imaginación, que hace doscientos años conoció una hermosa tortuga en lo más tenebroso de la selva y que los ojos de aquel silencioso animal brillaban como joyas. Dice asimismo que ni siquiera importa que los hombres corten la cabeza a las tortugas, porque sus ojos son mágicos y continúan viendo lo que pasa a su alrededor.

El narrador, con la voz velada por la emoción (por un instante parece incluso como si fuese a llorar), reconoce que hubo un tiempo en el que se sintió fascinado por las tortugas, sobre todo después de saber que en otros tiempos los hombres las alabaron por sus virtudes domésticas.

Ni siquiera entonces quise comprometerme, suspira, levantando la mirada hacia la muchacha de la fotografía.

s' al mo  
línea  
man

Por la izquierda se acerca serpenteando un reguero de agua procedente de los grandes charcos que se han formado entre bastidores. El narrador se recupera (durante un par de minutos ha permanecido en actitud recogida, como quien recuerda un viejo amor perdido) y explica al payaso (que continúa sentado entre línea y línea, sin moverse, resignado a todos los caprichos de su creador), que durante algún tiempo estuvo convencido de que aquella tortuga que encontró en el bosque era el animal emblemático que andaba buscando, pero que alguien le hizo notar un día que las tortugas eran animales un tanto ambiguos (mitad reptiles, mitad peces) y que aquel mismo día dejó de atormentarse por el recuerdo de la tortuguita abandonada, pensando que un hombre como él no podía identificarse con una criatura que, dejando a un lado la magia de sus ojos, era torpe, pesada, lenta y, sobre todo, equívoca.

¿Cuántas oportunidades se presentan en la vida de un hombre?, se pregunta luego.

Antes de que llegue a responderse, sin embargo, decide dar un nuevo giro al relato, y hace aparecer de nuevo a Nemesio, siempre con la escoba y el cubo en la mano. Una vez más, por lo tanto, Nemesio se sienta frente a

Augusto y adopta una expresión de circunstancias.

En efecto, amigo mío (le dice al payaso, asumiendo como propias todas las reflexiones del narrador). La tortuga es un animal ambiguo y también yo soy de los que piensan que la ambigüedad, considerada como una forma de la incertidumbre, es nefasta. ¡Ah, sí, sí, no soy de los que consideran que entre la bruma cualquier paisaje puede ser maravilloso...! En este circo, sin embargo, el paisaje humano se está clarificando rápidamente.

¿Por qué me dices ahora todo eso? (le pregunta Augusto). ¿De qué clarificaciones me estás hablando?

Nemesio le explica que se están quedando solos. Se han producido algunas muertes y deserciones. El primero en desertar fue precisamente Andrés. Se montó a horcajadas sobre su cocodrilo y se fue río abajo cantando *La Marsellesa*. A su juicio, ese muchacho hizo mal depositando tanta confianza en su monstruo. También desertó Lucas. Apenas murió su camello (continúa explicando Nemesio), el bueno de Lucas decidió marcharse hacia el sur.

Era algo previsible (añade tras una pausa, sin que Augusto le haya pedido alguna aclaración). Durante estas últimas semanas el reuma apenas le dejaba andar.

Lucas jamás se sintió feliz entre las gélidas brumas del norte, observa el payaso. Nemesio suspira y sigue con la nómina de los desaparecidos. Refiere que Marcus murió aplastado por su elefante y dice que también se fueron Darío y Matías. Considera necesario aclarar, sin embargo, que en ninguno de estos tres casos las desapariciones fueron por propia voluntad de los implicados. El elefante, por lo visto, arrolló a Marcus en su huida y al tigre le bastaron un par de dentelladas, una por cabeza, para mandar a los domadores al otro barrio.

\* \* \*

El narrador establece una pausa para releer lo último que ha escrito y se siente satisfecho de la rapidez y limpieza con que avanza hacia el desenlace de la historia. Considera oportuno, sin embargo, que el payaso se sienta un tanto sorprendido por la indiferencia que demuestra Nemesio ante la muerte de sus compañeros.

¿Y me lo dices así, tan tranquilo? (se extraña Augusto). ¿Tan poco te importa la deserción o la muerte de tus amigos?

Así es, en efecto: a Nemesio le importa un comino la desaparición de unos compañeros que, por otra parte, y eso Augusto lo sabe muy bien, nunca fueron amigos suyos. Para



justificar su indiferencia alega que tanto Darío como Matías pasaron la mitad de sus vidas engañando a la gente: Matías azotando a un león sin dientes y Darío haciendo lo mismo con un tigre hipocondríaco. Por eso no le importa demasiado que el tigre les haya mandado al otro barrio.

Augusto se interesa por Fido. Ya sabe que volvió al redil, se lo dijo hace un rato el propio Matías. No sabe, sin embargo, dónde se encuentra en este preciso instante. ¿Continúa bostezando en su jaula? ¿Tiene conciencia de que le están creciendo otra vez los dientes? Hace sólo cinco minutos Nemesio no hubiera podido decírselo, precisamente porque no lo sabía. En este momento, sin embargo, conoce la respuesta. Se la acaba de facilitar el narrador con la intención de que él, a su vez, pueda transmitírsela al payaso. Fido, en efecto, regresó a la jaula. Se metió dentro por su propia voluntad, sin crear problemas, como si pensase, tal como se dijo antes, que no vale la pena ser libre cuando no se tienen dientes o, por lo menos, como si se sintiese bastante decepcionado por todo lo que había visto fuera. Hace un rato, sin embargo, Allí, después de liquidar a los domadores, fue a buscarle y consiguió convencerle para que volviese a salir. Nemesio les vio hace un momento marcharse calle abajo, como dos buenos amigos que ya no

tienen necesidad de hablar porque en esta vida ya se lo han dicho todo.

Seguramente, observa Augusto, se irían también rumbo al sur. Como Lucas. Se fueron a pesar de la lluvia.

Nemesio se encoge de hombros. No entiende demasiado de tigres ni de leones, pero, tras un breve carraspeo, apunta la posibilidad de que se hayan fugado en busca de alguna selva inédita.

¿Quién sabe? (añade). Tal vez, si la encuentran, se decidan a montar un hogar como Dios manda. ¿No es cierto acaso que los tigres y los leones pueden cruzarse y tener descendencia?

Augusto responde diciendo que, en efecto, esos cruces son posibles, pero que sus frutos sólo sirven para perpetuar en este mundo la crueldad y la traición. Los ligones (porque así se llaman los hijos del león y la tigresa) no tienen nada que ver con sus dulces gallitigres. En fin, dime, pregunta luego, ¿quién se dedica en este circo a abrir la puerta de las jaulas? ¿Wifredo, el enano?

Ni más ni menos, fue el enano. Nemesio afirma con un rápido parpadeo (es, ciertamente, una extraña forma de afirmar), pero un instante después, para ampliar y precisar su respuesta, dice que sí, que fue el enano quien esta mañana, a primera hora (cuando todo el mundo estaba todavía durmiendo),

abrió la jaula de Fido y quien, más tarde, descorrió también el cerrojo de la jaula del tigre.

De cualquier modo (añade), a ese hombrecito se le ha acabado también la diversión.

Augusto le pregunta si Wifredo también se fue y Nemesio le dice que sí, que lo hizo con los demás. Pero no con los que se marcharon hacia el sur, sino con los que se fueron al otro mundo.

¿No oíste hace un momento un par de disparos?

Ahora es Augusto quien afirma con un rápido abrir y cerrar de ojos. Permanece luego en silencio, expectante, esperando que su compañero le cuente lo que ocurrió. El autor de los disparos, según Nemesio, fue Tancredo. Sorprendió al enano entre los brazos de Rosalía y le voló la cabeza de un tiro.

Augusto cierra los ojos y resopla suavemente por la nariz. La muerte de aquellos con quienes convivimos tiene algo de estafa. ¿Es posible, sin embargo, que Tancredo se sintiese tan celoso? ¿Celoso hasta el extremo de matar?

Los celos, en efecto, le volvieron loco. Ésa es la opinión de Nemesio, que da la impresión de estar hablando de algo que ocurrió hace mucho tiempo. Después de liquidar al enano Tancredo se disparó un tiro en la sien y se mandó a sí mismo al otro barrio. Todo

eso sucedió a un paso de donde están ellos ahora, un poco más allá del carromato de Nicolás.

Pero, vamos a ver (exclama de pronto Nemésio). ¿Cómo es que no te enteraste de nada? ¿No oíste los disparos? ¿Tan poco te interesa el mundo en el que vives que ni siquiera tienes curiosidad por saber contra quién se dispara? ¿No eras tú quien hace un momento me acusaba de indiferencia ante tantas muertes?

Augusto se encoge de hombros y Nemésio, tras envolverle con una mirada irónica, chasquea la lengua contra el paladar y se dispone a continuar con su relación de muertos y desaparecidos. Prefiere, sin embargo, no confesar al payaso que todo lo que le está contando se lo contó a su vez el narrador. Por el contrario, se jacta de haber sido testigo presencial de los hechos. Presume, pues, de haberlo visto todo desde el carromato de Andrés y, en el colmo de la desfachatez, se atreve incluso a inventar detalles: Rosalía, arrodillada entre los dos cuerpos, dice, no sabía a quién abrazar primero, si a Tancredo o al enano.

Considerando las cosas con calma (reflexiona Augusto), tal vez hagamos bien en no sorprendernos excesivamente por tanta muerte súbita. La muerte, al fin y al cabo, nos conduce hacia el lugar donde nos espera

la mayoría, y la mayoría, como decía aquel, siempre tiene la razón de su parte. ¿Cuántos quedamos vivos?

Vamos a ver, toma nota (dice Nemesio, como quien se dispone a relacionar el inventario de un almacén). Sigamos un orden. El primero en marcharse fue Andrés. Se fue, como te dije antes, con su cocodrilo. Luego, apenas hubo muerto el camello, se fue Lucas, rumbo hacia el sur. Después, recuérdalo, le tocó el turno a Marcus: Tadeo, su elefante, se volvió loco y pensó que había llegado el momento de poner el pie sobre el cuerpecito de su domador, aunque sólo fuese por una sola vez. Esa sola vez, sin embargo, resultó más que suficiente. Luego que vio despanzurrado al pobre Marcus, el infeliz paquidermo (culpable, a fin de cuentas, de su propia orfandad) salió del circo y se fue calle abajo chapoteando en todos los charcos, exactamente igual que suelen hacer los chicos que acaban de estrenar unas botas de goma.

¿Y Teodoro? (le interrumpe Augusto). ¿Dónde está ahora ese bribón? La última vez que le vi me echó el aliento a la cara y me dijo que las panteras tenían el suyo perfumado. ¿Hay que incluirlo también en la lista de bajas?

Hubo, en efecto, sentencia condenatoria (dice Nemesio). Para él y para Ágata, su pan-

tera. Condenados a un amor que jamás podrán culminar y desterrados a un país inaccesible, así que jamás volverás a verles. Tampoco volverás a ver a Mauricio, que se fue hace ya un buen rato, antes de que el río empezase a desbordarse, con la excusa de que su oso no sabía nadar.

Resumiendo (se impacienta Teodoro). ¿Cuántos quedamos ahora?

Nemesio utiliza para contar los dedos de la mano derecha. Quedan Nicolás, Rosalía y Tasio, aparte, naturalmente, de ellos dos. En total, cinco (dice, levantando la mano por encima de la cabeza y separando exageradamente los dedos).

Ese Tasio (comenta Augusto) me ha parecido siempre un tipo fascinante. No he conocido en mi vida un hombre tan perseverante como él. Hace años que le veo lanzando pelotas de colores sobre las focas y tratando inútilmente de que los animales las recojan con el morro. Nunca vi que las focas lo consiguiesen. ¿Será cierto que la paciencia es la astucia de quienes carecen de astucia?

\* \* \*

Los truenos ya se suceden sin solución de continuidad y el reguero de agua, que ha ido creciendo y se ha dividido en dos, llega has-



ta los pies de los dos hombres. Augusto continúa diciendo que nunca ha podido comprender la obstinación de Tasio, pero que, puesto a opinar, tampoco le gustan las focas. Un extraño mamífero (dice) que sólo piensa en sardinas y que, aunque sólo fuese por eso, jamás podría convertirse en su animal emblemático.

Lo que yo no entiendo (observa de pronto Nemesio, sospechando tal vez que no les queda mucho tiempo para aclarar las cosas) es esa obsesión tuya por identificarte con un animal. ¿Qué te importan a ti esos animales emblemáticos? ¿No son ésas cosas que sólo deben preocupar a los señores?

Nemesio acaba de exponer en voz alta la misma pregunta que hace un rato se hicieron algunos espectadores. No deja de ser preocupante que todavía quede gente que se permita el lujo de distinguir entre señores y vasallos. Augusto, sin embargo, no formula a su compañero ninguna objeción y el narrador vuelve a tomarse un momento de descanso. Paraliza a sus personajes y empieza a liarse con parsimonia un cigarrillo mientras la lluvia continúa abatiéndose sobre el patio interior, destrozando los geranios de la vecina del entresuelo y llevándose la tierra de las macetas. Prende fuego al pitillo con un viejo encendedor dorado, lanza una espesa columna de humo por la nariz y empieza a re-

flexionar a propósito de las preguntas que Nemasio acaba de hacerle al payaso, pero que, a fin de cuentas, acaba de hacerse a sí mismo. El animal representa el arquetipo del instinto y no le parece justo que algunos hombres carezcan de ese instinto vivificador, de ese soplo vital que les inscriba por derecho propio en el mundo de los vivos. Apoya un codo en la mesa, reclina la cabeza sobre la palma de la mano derecha y cierra los ojos para poder recordar mejor la historia del hombre-pájaro que chocó contra un tendido eléctrico de alta tensión y dejó a oscuras a todos los pueblos de la comarca.

Ése fue, en su opinión, uno de los grandes héroes de nuestro tiempo. El narrador, sin abrir todavía los ojos, recuerda que aquel hombre chocó con sus alas delta en los cables que corrían paralelos a la línea del ferrocarril y que estuvo allí colgado hasta que fueron los bomberos a rescatarle. Hubiera podido morir electrocutado, pero se salvó porque Dios (eso es lo que piensa el narrador) ayuda siempre a los hombres-pájaro. El narrador recuerda también que en uno de sus viejos libros está dibujado el árbol cosmogónico rodeado de pájaros míticos. En otra ilustración, incluso el sol, la luna y los relámpagos se presentan con forma alada.

¿Y si mi animal fuese el águila, que puede

mirar directamente al sol y es capaz de rejuvenecer a los hombres?

Apenas acaba de hacerse esa pregunta estalla en una larga tos y se queda sin aire. Su bronquitis empeora de día en día. Apaga el cigarro en el cenicero y luego, cuando se tranquiliza, vuelve a concentrarse en el relato. La historia está ya muy cerca del final. Como máximo, le quedarán cinco o seis cuartillas de letra menuda, de no ser que las cosas se enreden en el último momento, sin que él pueda evitarlo. No sería la primera vez que le sucede algo parecido. Devuelve pues el movimiento a sus personajes y decide que en ese preciso instante estalle un trueno. Nemesio, que no acaba de acostumbrarse a la tormenta, levanta una mirada preocupada a la carpa y Augusto le pregunta por Nicolás.

—Ese bribón (responde Nemesio) está encerrado a cal y canto en su carromato, contando y recontando las monedas de las últimas recaudaciones.

Augusto sonríe levemente, como quien acaba de escuchar un chiste que ya conocía. Dice que Nicolás es hombre de costumbres invariables. Se pasa casi todo el día metido en su carromato, entregado a complicados cálculos: saca las monedas que guarda en una caja de triple cerradura, las agrupa en montones de a diez, las cuenta varias veces,

vuelve a guardarlas en la caja y al cabo de cinco minutos las saca otra vez para volverlas a contar.

Hace un rato (recuerda) me aseguró que por mucho que lloviese no pensaba suspender la función de esta tarde, pero puede que, a la vista de tantas deserciones, haya cambiado de idea. Me dijo también que esta misma tarde nos pagaría todos los atrasos, pero no creo que estuviese hablando en serio.

\* \* \*

Digamos ya, para que luego no coja por sorpresa a nadie, que el narrador no ha pensado todavía en los funerales de los personajes que ha ido eliminando. Por el momento prefiere dejarles tal como están, caídos de bruces sobre grandes charcos de sangre. Está llegando, de todas formas, al final del relato y le parece conveniente revisar todo lo que lleva escrito hasta el momento. Vuelve, pues, al principio de la narración, repasa uno tras otro todos los folios escritos y comprueba que no ha dedicado todavía ni una sola línea a la media docena de chimpancés futbolistas.

¿Qué pasa, pues, con esos monos? ¿Cómo es que se olvidó completamente de ellos? ¿Le convendrá tal vez reflexionar profundamente sobre las razones profundas de ese ol-

vido? ¿Tan poco importan los problemas que puedan tener los monos cuando los que tienen los hombres son tantos y tan grandes?

El narrador reconoce que si esos monos futbolistas pudiesen pensar y fuesen conscientes del olvido de que han sido objeto, tendrían muchos motivos para sentirse estafados. ¿De qué nos sirven ahora (podrían preguntarse, con toda la razón del mundo) todos los sacrificios que hemos hecho para aprender a perseguir y a dar patadas a un balón?

El narrador no se siente, pues, muy seguro del tratamiento que deba dar al problema de los monos. ¿Qué debo hacer con esos simios? (se pregunta, golpeándose lentamente los dientes con el caperuzón de la estilográfica). ¿Dónde les sitúo ahora, cuando todo empieza a desmoronarse? ¿Les autorizo a que continúen despiojándose en la gran jaula colectiva? ¿Les dejo ahí, pensando tal vez que todo lo que hoy ocurre en este circo no son cosas que les afecten directamente? ¿Acepto que se excusen en su irracionalidad? ¿Debo permitirles, por el contrario, que fuercen la puerta de la jaula y que huyan, como hizo Lucas, en busca de un país más soleado?

Los chimpancés le plantean, pues, un problema de difícil solución. Lo más difícil, como siempre, es desollar la cola, piensa.

Enciende un cigarrillo y decide alargar la pausa, hasta que se le ocurra alguna idea. La muchacha de la fotografía continúa sonriéndole, como si tratase de infundirle ánimos. A mano izquierda, en los anaqueles de la alacena, se alinean los libros de siempre, que se conoce casi de memoria: las vetustas mitologías que huelen a mirto, los misteriosos bestiarios de palomas virtuosas y cuervos egoístas y, sobre todo, las prodigiosas enciclopedias que hace años acabaron demostrándole que el mundo era cuadrado. Tras la ventana de cristales esmerilados continúa lloviendo a mares y las ratas empiezan a inquietarse en las alcantarillas.

Tampoco ellas, como los monos del circo, entienden de lluvia, pero eso no es óbice para que acaben ahogándose. Esas ratas, sin embargo, pertenecen al mundo real y el narrador se encoge de hombros, libre de cualquier sentimiento de responsabilidad. Lo que pueda pasar ahí fuera no es de mi incumbencia, piensa. Pero lo cierto es que mientras él se abandona a la inspiración, que por ahora no llega, Augusto y Nemesio permanecen en silencio, inmóviles, sumido cada cual en sus propios pensamientos.

No hay, sin embargo, otra solución. Hasta que no se le ocurra algo que valga la pena, piensa mantener a sus dos personajes en silencio. No habrá, desde luego, rebeliones de



última hora. Hasta el final de esta historia continuarán avanzando mansamente por los senderos que tenga a bien trazarles. Al fin y al cabo, también el narrador, en la vida real, se ha visto obligado siempre a seguir por los caminos que le eligieron los otros. ¿Puede decirse, sin embargo, que esos caminos que nos imponen los demás sean también verdaderos caminos, o por lo menos, tan caminos como aquellos a los que se refería el poeta? ¿Andar significa siempre poder elegir el camino? ¿Qué es, pues, lo otro?

Ni siquiera el narrador, sin embargo, puede negar a sus personajes la libertad de pensar, y tanto Augusto como Nemesio, mientras esperan que se les devuelva la voz y el movimiento, continúan meditando en silencio. Nemesio recuerda las monedas que Nicolás guarda en el arquita de tres llaves y se dice que ese oro le permitiría regresar a la granja de su infancia. Augusto, por su parte, piensa que algunas veces el águila sirvió también a los hombres para simbolizar la ligereza y la inconstancia. Piensa, asimismo, que el alma es un pájaro y que no hay otro instinto más noble que aquel que nos empuja a volar hacia lo más alto, pero se dice que ese instinto, en cierto modo, puede entrañar algunas veces un grave pecado de soberbia.

Pero ¿y si el alma fuese únicamente una rana? (se pregunta de pronto el narrador, in-

corporándose). ¿Y si fuese una ranita que croa para espantar a las serpientes que nadan en el estanque? Mejor aún, ¿y si fuese un sapo de voz dulcísima?

Alguien acaba de hacerle esas sugerencias al oído y el narrador, por fin, puede inclinarse otra vez sobre el papel y trasladar las preguntas al payaso.

Decidido (exclama inmediatamente Augusto). Mi animal es una rana.

Y a partir de ahí reconstruye la vieja historia de la princesa enamorada transformada en rana por las malas artes de la hechicera. Sólo un beso de amor puede devolver a la princesa su verdadera naturaleza, pero los caminantes a quienes se solicita esa prueba de confianza no pican en el anzuelo.

¿Habré dejado yo también a mis espaldas alguna princesa enamorada?, se pregunta ahora, elevando una vez más la mirada hacia la fotografía de la pared.

\* \* \*

El narrador ha decidido ya que el payaso empiece a llorar silenciosamente. Son, tal vez, las mismas lágrimas que él no puede derramar. Frente al payaso, Nemesis, que parece haberse quedado dormido, continúa pensando en sus gallinas. Se dice que tal vez no hubiera debido elegir un animal tan mo-

desto (eso lo ha pensado más de cuatro veces), pero, pese a todo, sigue decidido a regresar a la granja de su infancia, que de vez en cuando, en sus momentos más exaltados, se le aparece a lo lejos emergiendo entre la bruma como un castillo de altísimas almenas. No se hace ilusiones, sabe que las gallinas que allí encuentre no van a poder responder a sus preguntas ni a solucionarle todos sus problemas de identidad, pero se dice que no puede perder el tiempo con nuevas búsquedas. Ha llegado la hora de resignarse definitivamente.

Al narrador se le van aclarando, pues, las cosas. Durante estos últimos minutos le llegan continuamente nuevas ideas y en este instante decide que Nemesio y Augusto salgan de sus cavilaciones, sobresaltados por el motor de un coche que acaba de ponerse en marcha en la parte de atrás del circo. Nemesio agudiza la expresión.

Desde el primer momento comprende lo que está ocurriendo. Nicolás ha puesto en marcha el motor de su viejo Sedan negro. Pretende huir con todo el dinero y dejarles en la estacada. Era de esperar que hiciese algo semejante.

Nemesio sale disparado en busca del fugitivo y Augusto vuelve a quedarse solo. Los truenos empiezan a debilitarse (la tormenta se aleja hacia el norte) y parece, asimismo,

como si la tempestad empezase también a ceder sobre la ciudad real.

Recapitulando (suspira el payaso). Mi situación, poco más o menos, sigue siendo tan confusa como antes. Acabará de llover, se disiparán las últimas nubes y volverá a salir el sol, pero yo seguiré sin encontrar las respuestas que necesito.

Y al llegar a este punto el narrador pierde otra vez el hilo. No aparta la mirada de lo que está escribiendo (ni siquiera ha levantado la pluma del papel), pero se ha quedado otra vez sin ideas y no sabe cómo continuar el relato. Con la cabeza apoyada sobre la palma de la mano izquierda, como si estuviese a punto de quedarse dormido, empieza a garabatear lentamente una hermosa mayúscula que quizás pueda convertirse en la inicial de una palabra que, a su vez, pueda ser el principio de una frase capaz de ir empujando la historia hacia su desenlace. Sucede, sin embargo, que ni siquiera se le ocurre cuál puede ser la inicial de la palabra clave y con el plumín de la estilográfica puesto al revés acaba dibujando la corola de una flor monstruosa.

¿Y Rosalía? (se pregunta). ¿Dónde está ahora? ¿Continúa arrodillada entre los cuerpos de sus dos amantes muertos, sin saber todavía a cuál de ellos quiso más?

En el cuarto se cuela ahora la voz de la ve-

cina del segundo piso, que recrimina a su marido por haber llegado tarde. El hombre se defiende con oscuros gruñidos y le echa la culpa a la lluvia. Dice que tuvo que pasarse media hora refugiado en un portal. El vecino sexagenario del piso de arriba permanece todavía sentado frente al televisor, pero su mirada continúa atravesando la pantalla sin contaminarse y vuela hacia la veleta de algún lejano campanario que sólo existe en su recuerdo. Nuevas oleadas de nubes, mientras tanto, vuelven a acumularse sobre la ciudad, y la tempestad, que hace un momento parecía alejarse, retrocede rápidamente.

El narrador tiene algo muy claro: si vuelve a llover sobre la ciudad real, deberá llover también sobre la ciudad fingida. La diferencia entre esas dos dimensiones debe continuar siendo mínima. El relato, sin embargo, no avanza en lo fundamental y el hombre continúa con la cabeza apoyada en la palma de la mano izquierda dibujando flores irreales y esperando que se le vuelva a ocurrir alguna idea válida. Decide, finalmente, hacer regresar a Nemesis con expresión resignada. No pudo evitar (dice) que Nicolás se fugase con el dinero. Dice también que Tasio llegó a la calle un poco antes que él y que logró abalanzarse sobre el coche justo en el preciso momento en que arrancaba. Saltó sobre el

estribo y consiguió meter la cabeza por la ventanilla, pero Nicolás le cogió entonces por la barba y se lo llevó arrastrando calle abajo. Le soltó precisamente cuando el coche pasaba por encima del puente y lo tiró al río.

¿Te das cuenta? (suspira Augusto). Por fin sabemos por qué Tasio se dejaba crecer aquella ridícula barba. Estaba esperando, sin duda, que alguien tirase de ella. Puede incluso que supiese de antemano que acabaría ahogándose en un río de aguas turbias.

Lo único cierto, dice Nemesio, es que sólo quedamos tú y yo. Nadie más. Aparte, naturalmente, de Rosalía.

Augusto quiere saber dónde está Rosalía y Nemesio se encoge de hombros. No lo sabe. Puede que la trapecista tenga otros planes. De cualquier forma él no piensa quedarse para ver qué planes son esos. Así es, mi querido Augusto (explica luego, levantándose). Llegó el momento de regresar a mi granja. El payaso, mientras estrecha la mano que le tiende Nemesio, le pregunta si recuerda todavía el camino que, en cierto modo, le llevará de regreso a la infancia. Dice también (y esto suena como una advertencia) que los caminos de regreso nunca nos llevan a donde realmente deseábamos ir, sino a otros paisajes que ya no coinciden exactamente con los que recordábamos.



¿Qué puedes saber tú de caminos de regreso, si siempre estuviste en el mismo sitio?, se burla Nemesio. Pero no da tiempo al payaso para que pueda decir algo en su descargo. Se quita el mandil amarillo que todavía llevaba puesto, se levanta el cuello del jersey, preparándose para afrontar la tempestad, y sale por la puerta de la derecha.

\* \* \*

Augusto se queda por fin solo. No tiene una idea muy clara de lo que va a hacer a partir de este momento, porque tampoco la tiene el narrador. Lo más probable, sin embargo, es que continúe sentado en el fardo, esperando que se produzca un milagro. Puede incluso que, cuando menos lo espere, se le presente el gallitigre.

Quien por fin aparece en el escenario es Rosalía. Lo ha hecho silenciosamente por la puerta de la izquierda. No parece muy afectada por la muerte de sus amantes. Se sienta frente al payaso y le abarca con una mirada seductora. Espera que Augusto le diga algo, pero al ver que el payaso permanece sin abrir la boca, decide ser ella quien tome la iniciativa. Lanza un corto suspiro y dice lo mucho que le satisface que por fin haya dejado de llover, que el mal tiempo le deprime y que ni siquiera le sirve de consuelo saber

que, como dicen los bereberes, la lluvia produce rosas.

Se muestra, pues, tan frívola como de costumbre. Augusto se encoge de hombros y observa que no hay mal que cien años dure y que el sol, antes o después, acaba siempre saliendo. Ha sido siempre así y así continuará siendo hasta el final de los siglos. Hace esas consideraciones, sin embargo, con cierto retintín, como si en el fondo no confiase demasiado en lo que acaba de decir, y luego vuelve a quedarse callado. No le parece de buen gusto interesarse ahora por el trapequista y por el enano. Debería ser la propia Rosalía quien le dijese algo al respecto.

La trapequista, sin embargo, no parece tener la menor intención de hacerlo. Sus proyectos van por otros caminos. Se ha enterado de que el payaso está preocupado por encontrar un animal que pueda servirle de emblema y le pregunta si él piensa que cada mujer debe tener también un animal que, en cierto modo, distinga a las unas de las otras. Enciende luego un cigarrillo y su sonrisa va haciéndose cada vez más atrevida.

Augusto se pone en guardia, pero no se hace ilusiones. Desde el primer momento comprende que tiene la batalla perdida. La historia va a tener, pues, un final inesperado, tal vez mucho más triste del que pudo suponerse en un principio. Afirma con un discre-

to movimiento de cabeza y evita la mirada de fuego de la mujer.

¿Qué animalito sería entonces el mío?, sigue preguntando Rosalía. ¿Una libélula? ¿Una mariposa? ¿Tal vez un cisne? Vamos, vamos, Augusto, dime qué animal es el que me corresponde... ¿Una de esas arañas que se balancean sobre la red y fijan una mirada hipnótica sobre sus víctimas?

No resulta nada fácil determinar el animal que mejor le cuadra a una mujer que, al fin y al cabo, fue capaz de engañar a su amante con un enano. Augusto se lo dice claramente y Rosalía vuelve a reírse. Dice que tal vez ella sea la mujer-abeja que ha libado ya en muchas flores, pero que hasta hoy no ha encontrado aún la flor que realmente le subyugue.

Al llegar a este punto, el narrador decide que vuelva a escucharse el violín del vecino. La mujer se inclina hacia el payaso y le envuelve con una mirada decididamente provocativa.

—¿Y si tú fueses mi flor? (suspira). ¿Y si tú fueses esa flor que estoy buscando desde hace años?

Augusto se echa ligeramente hacia atrás. Se disipan las últimas nubes, reaparece el sol y parece como si el mundo se hubiese metido de golpe en el interior de un gran topacio.

—¿Y si yo fuese tu animalito?, suspira Rosalía, resoplando obscenamente por la nariz.

Resultaba, hasta cierto punto, previsible: Augusto, sin poderlo evitar, cae entre los brazos de la mujer y se siente inmediatamente trastornado por el perfume de la carne. Trata desesperadamente de justificarse y piensa que tal vez Rosalía sea su gallitigre.

Las dos ancianas de la primera fila piensan que no vale la pena esperar más y se levantan rezongando por lo bajo. No quieren ser testigos presenciales de alguna escena escabrosa. Tras ellas, entre toses y carraspeos, otros lectores-espectadores se ponen también en pie y buscan la salida. El payaso y la trapecista, por lo tanto, se abrazan ante la indiferencia general.

Puede que sea mi gallitigre, se repite una vez más el payaso, tratando de engañarse a sí mismo.

Pero la verdad es que no piensa en muchas cosas más y que se limita a obedecer mecánicamente las viejas y simplísimas leyes que por falta de ocasión ha venido incumpliendo durante los últimos años. Lo peor vendrá luego, cuando recupere la calma y se enfrente de nuevo con la realidad. Lo peor, como siempre, serán los amaneceres.

Y así, entre los chillidos de los chimpancés que reclaman su partido de fútbol, llega-

mos, por fin, al final de la historia. El narrador guarda las cuartillas en una carpeta y escucha los gritos de la vecina, que continúa insultando a su marido. Luego levanta una vez más la mirada hacia su novia de papel, y comprueba que la muchacha ha perdido la sonrisa.

Puede que no esté de acuerdo con este final, susurra.

Podría decirse, sin embargo, que ese final, en cierto modo, le ha sido impuesto por alguien a quien el narrador ni siquiera conoce.









Colección  
**Autores Españoles  
e Hispanoamericanos**

*Otros títulos publicados*

Torcuato Luca de Tena

**Los renglones torcidos de Dios**  
**El futuro fue ayer**

Juan Antonio Vallejo-Nágera

**Yo, el Rey** (Premio Planeta 1985)  
**Yo, el Intruso**

Terenci Moix

**No digas que fue un sueño** (Marco Antonio y Cleopatra)  
(Premio Planeta 1986)  
**El sueño de Alejandría**

Juan Eslava Galán

**En busca del Unicornio** (Premio Planeta 1987)  
**Guadalquivir**

José María Gironella

**Los hombres lloran solos**  
**La duda inquietante** (Premio Ateneo de Sevilla 1988)  
**A la sombra de Chopin**

Gonzalo Torrente Ballester

**Filomeno, a mi pesar** (Premio Planeta 1988)  
**Crónica del Rey pasmado**

Fernando Fernán-Gómez

**El mal amor** (Finalista Premio Planeta 1987)  
**El mar y el tiempo**

Pedro Casals

**Hagan juego**

**Las hogueras del rey** (Finalista Premio Planeta 1989)

Javier Tomeo

**El mayordomo miope**

**El discutido testamento de Gastón de Puyparlier**

Jorge Semprún

**Autobiografía de Federico Sánchez** (Premio Planeta 1977)

Juan Marsé

**La muchacha de las bragas de oro** (Premio Planeta 1978)

Antonio Larreta

**Volavérunt** (Premio Planeta 1980)

Juan Benet

**El aire de un crimen** (Finalista Premio Planeta 1980)

Cristóbal Zaragoza

**Y Dios en la última playa** (Premio Planeta 1981)

Jesús Fernández Santos

**Jaque a la Dama** (Premio Planeta 1982)

José Luis Olaizola

**La guerra del general Escobar** (Premio Planeta 1983)

Miguel Delibes

**Los santos inocentes**

Daniel Mújica

**Uno se vuelve loco** (Premio Ateneo de Sevilla 1989)

Soledad Puértolas

**Queda la noche** (Premio Planeta 1989)







Impreso en Talleres Gráficos  
DUPLEX, S. A.  
Ciudad de Asunción, 26-D  
08030 Barcelona













Otras obras del autor  
publicadas por Editorial Planeta:

**EL MAYORDOMO MIOPE**

Una sátira alegórica y despiadada  
de la sociedad actual a través de una  
conversación entre dos hombres.

**EL DISCUTIDO TESTAMENTO  
DE GASTÓN DE PUYPARLIER**

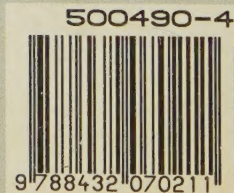
Un inquietante juego de  
ambigüedades que se convierte en una  
irónica y profunda novela de intriga.

Bajo la carpa de nuestro circo (acampado en las proximidades de un río que amenaza con desbordarse) cada hombre tiene su animal preferido. Matías tiene su león, símbolo no sólo de la fortaleza, sino también de la clemencia. No importa que ese león haya perdido todos los dientes. Marcus tiene su elefante, tan plomizo y pesado como una tarde de noviembre, pero animado por el alma de un maharajá difunto. Teodoro, por su parte, prefiere la pantera, porque su voz es dulcísima y cada vez que abre la boca exhala un delicadísimo perfume. Incluso Nemesio, el encargado de la limpieza, se pirra por las gallinas.

¿Has visto alguna vez (pregunta a Augusto, el payaso) algo más atractivo que esos picos menudos e inquietos?

Desde siempre el hombre se ha imaginado a los animales como reflejo y símbolo de sus propias pasiones. Los signos del Zodíaco nos señalan en el firmamento los prototipos animales que expresan diferentes centros de energía cósmica. Una xilografía alemana de fines del siglo XV, por su parte, nos descubre que a los diez años el hombre es un cabritillo, un ternero a los veinte, un toro a los treinta, un león a los cuarenta y un zorro a los cincuenta.

Bajo la carpa de este circo, sin embargo, Augusto no ha encontrado todavía un animal con el que pueda sentirse identificado y que, al mismo tiempo, le sirva de estímulo. El único animal que podría satisfacerle, el gallitigre, que podría ser el extraño fruto de un amor entre un tigre y una gallina, simbolizaría tal vez la *coincidentia oppositorum* de los filósofos, es decir, la coincidencia o la alianza de los contrarios. Dicho de otro modo, el símbolo de la confraternización universal, el principio de una segunda Edad de Oro, si es cierto que alguna vez existió otra.



W7-A1Y-608